Horacio Quiroga

CUENTOS DE LA SELVA

Charles Dickens

CUENTO DE NAVIDAD

SANTA FE PRESENTE

Horacio Quiroga

CUENTOS DE LA SELVA

Charles Dickens

CUENTO DE NAVIDAD

Quiroga, Horacio
Cuentos de la selva. Cuento de Navidad / Horacio Quiroga ; Charles Dickens ; adaptado por Agustín Alzari ; Carlos Ferreyra ; ilustrado por Arthur Rackham ... [et al.]. - 1a ed . - Santa Fe : Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, 2017.
126 p. : il. ; 24.5 x 17 cm.

Traducción de: Luis Barthe.
ISBN 978-987-1026-26-5

1. Literatura Infantil. I. Alzari, Agustín, adap. II. Ferreyra, Carlos, adap. III. Rackham, Arthur, ilus. IV. Barthe, Luis, trad. V. Título.
CDD 823.9282

Cuentos de la selva y Cuento de Navidad
Este libro es una producción del Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe.

SANTA FE PRESENTE

Autoridades
Gobernador de la Provincia de Santa Fe
Ing. Miguel Lifschitz

Ministra de Educación de la Provincia de Santa Fe
Dra. Claudia Balagué

Coordinación Editorial
Esp. Carina Gerlero
Lic. Norma Abrahan
Lic. Diego Gurvich
Lic. Marcela Rosales
Lic. María del Huerto Pini

Selección de Cuentos de la Selva: Carlos Ferreyra
Traducción de Cuento de Navidad: Luis Barthe
Adaptación de Cuento de Navidad: Agustín Alzari
Ilustraciones: Arthur Rackham, John James Audubon, Archibald Thorburn y Henri Rousseau

Edición: Agustín Alzari
Edición de texto: Carlos Ferreyra
Diseño: Liliana Agnellini y Verónica Franco
Corrección: Carina Zanelli
Ilustración de tapa: John James Audubon

© Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe

Santa Fe, 2018

Los libros encierran cuentos, novelas, historias de las ideas, conocimiento infinito y se constituyen como elementos fundamentales para el desarrollo cultural de los pueblos. Desde el Gobierno de la Provincia de Santa Fe queremos impulsar que esos contenidos sean liberados en cada aula, en cada casa, con el objetivo de incentivar la imaginación, el aprendizaje y promover el diálogo.
Por ello avanzamos con esta iniciativa que se basa en retomar aquellos clásicos de la literatura como una forma de aportar al desarrollo educativo y cultural de los santafesinos entendiendo que esta articulación hace posible la transformación social.
La política educativa santafesina se basa en la inclusión educativa, el desarrollo de aprendizajes socialmente significativos y la escuela como el escenario privilegiado donde niñas, niños, jóvenes, docentes y familias se encuentran a construir un lenguaje común. La experiencia de la lectura compartida, como instancia dialógica, promueve los valores de la igualdad, el respeto por las opiniones, permite el consenso, el disenso, la argumentación y la reflexión. Pero, sin duda, lo más importante es que promueve la construcción de ciudadanía y los valores esenciales de la convivencia en comunidad.
Espero que a lo largo de sus vidas tengan la oportunidad de muchas lecturas compartidas, de muchas tertulias literarias, que los hagan crecer como protagonistas de sus propias historias y nos hagan crecer a todos como sociedad democrática.

Ing. Miguel Lifschitz
Gobernador de Santa Fe

Cada encuentro con un libro es una explosión de sentidos. Las manos se deslizan por la página en una caricia que enseguida se convertirá en chasquidos que la pasan hacia adelante; los ojos hacen una mirada para abarcarlo todo, y luego se detienen a disfrutar formas y colores; muy cerca de la cara, el aroma inconfundible "a libro" que transporta a las noches de cuentos al borde del sueño.

Luego, se desata la avidez por recorrer letras e imágenes, incluidos los blancos silencios, para saber qué dice este libro. Entonces comienza un viaje al centro de la imaginación del que nunca volvemos siendo los mismos.

Después de la experiencia de leer un libro, después del motor de la curiosidad que acelera el ritmo para saber quién está, cómo es, qué hace, cómo termina… después de la experiencia de imaginar tantas historias a partir de una, se transforma lo que sabemos, lo que creemos, lo que sentimos sobre cada pedacito del mundo.

Y justo en ese punto, el libro y la escuela se dan la mano en una alianza indisoluble e infinita.

Porque la escuela propone, al igual que los libros, sumergirse en nuevas experiencias para crecer, para crear, para transformarnos y transformar la realidad en que vivimos.

Aun en el acto individual de la lectura hay un sentido colectivo que se fortalece, porque la historia siempre es parte del patrimonio cultural de una comunidad, y porque además de la experiencia personal, cada historia moviliza al encuentro con otros para compartirla. Así acontece la magia de la transmisión, de la que la escuela, como institución social, es artífice.

En la provincia de Santa Fe, creemos que es muy importante este momento en que este libro, que atesora una historia, llega a tu encuentro en el marco de una tertulia literaria.

¿Sabés qué significa estar de tertulia? Es encontrarse con otros para conversar, para recrearse. Es como estar de fiesta. Así que en esta tertulia comienza una maravillosa experiencia para compartir en el aula, y también para llevar a casa, para disfrutar, imaginar, conversar y recrearse en familia.

Todos los que trabajamos por la educación, y por hacer con ella un mundo mejor, celebramos que con este libro en tus manos explotan todos tus sentidos. Un nuevo proceso de creatividad y aprendizajes se pone en marcha para no detenerse jamás.

Dra. Claudia Balagué
Ministra de Educación de Santa Fe

Las tertulias literarias: de las Comunidades de Aprendizaje a Escuela Abierta

Desde el Gobierno de la Provincia de Santa Fe llevamos adelante una política educativa que tiene como propósito la inclusión con calidad educativa y la escuela como institución social. En este marco, se implementan los programas Escuela Abierta y Comunidades de Aprendizaje que, en esta oportunidad, se articulan en una propuesta que involucra la edición de este libro y la implementación de una práctica pedagógica innovadora que fortalece los procesos de lectura y escritura a través de tertulias literarias en toda la provincia.

Escuela Abierta es un programa de formación permanente con miras a desarrollar nuevos conocimientos para la acción transformadora que caracteriza a todo proceso educativo. Tiene su origen en el marco de acuerdos federales, constituyéndose en la forma específica que adquiere el Programa Nacional de Formación Permanente en Santa Fe.

Desde la implementación de este Programa en 2014, el Gobierno de Santa Fe pone en valor la formación docente desde una mirada centrada en las instituciones educativas, con carácter colectivo y contextualizado, donde emergen la reflexión compartida y los acuerdos institucionales como aspectos centrales en el desarrollo de la tarea y profesión docente para todos los niveles y modalidades del sistema educativo santafesino. El proceso de formación propuesto posibilita compartir material bibliográfico actualizado y conferencias de especialistas en distintos temas que atraviesan la educación tales como: “Nuevos formatos de enseñanza”; “Educación, territorio y comunidad”; “Autoevaluación institucional”; “Participación, convivencia y ciudadanía”, “Trayectorias estudiantiles”, “Educación Sexual Integral” y la “Prevención de Consumos Problemáticos de Sustancias y Adicciones”.

Actualmente, el desafío se basa en trabajar la enseñanza y el aprendizaje de la lectura, la escritura y la comprensión de textos. Entendiendo que estos aprendizajes de complejidad creciente no se reducen a una técnica sino que habilitan la posibilidad de constituir un pensamiento crítico, la construcción de ciudadanía y de un proyecto individual y colectivo de emancipación.

Así, se propone un trabajo coordinado con Comunidades de Aprendizaje, un programa que surge de una iniciativa articulada con el Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC) y el Instituto Natura, basado a su vez en la participación de la comunidad en el proceso educativo y en cuyo seno cobran sentido las tertulias literarias como estrategia específica que permite otro modo de acceder a la lectura; otro modo de acceder a los clásicos universales de la cultura.

De la experiencia desarrollada aprendimos que las tertulias literarias son una estrategia pedagógica que permite tomarse el tiempo y construir el espacio para escuchar y escucharse, para construir un pensamiento reflexivo, para pensar, crear e imaginar con otros distintos escenarios ante situaciones cambiantes.

En esta nueva etapa, realizamos este y otros libros y los acercamos a los niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos que atraviesan el sistema educativo de Santa Fe y a sus docentes; desarrollamos una formación docente que fortalece su implementación en las escuelas y acompañamos con los equipos territoriales de Escuela Abierta y Comunidades de Aprendizaje a las escuelas en este nuevo desafío; que no es ni más ni menos que el desafío de educar ciudadanos solidarios, libres, críticos y comprometidos.

¿Cómo hicimos el libro?

Los libros tienen un autor, Los libros tienen un autor, pero son el fruto de la mirada atenta de otras muchas personas. Antes de que llegue a las manos del lector, el autor tuvo que escribirlo (¡en el caso de Quiroga y Dickens, hace muchos años!), el ilustrador hacer los dibujos, el editor revisar el texto y las imágenes, el diseñador buscarles el mejor lugar en la página, y finalmente, cuando todos quedaron contentos, el corrector debe luchar por encontrar las erratas, esas esquivas criaturas que se esconden, como piojitos, entre las hojas de los libros. Una vez terminado el trabajo, se envía a la imprenta donde lo fabrican.

Este libro combina dos clásicos de diferentes latitudes en un mismo volumen. Para la edición de los *Cuentos de la Selva* se realizó una selección (¡de las infinitas posibles, ya que todos son excelentes!).

En cambio, *Cuento de Navidad*, la novela de Dickens, fue adaptada pero mantiene la estructura original de los capítulos, los personajes y escenas.

Las imágenes que ilustran el libro de Quiroga pertenecen a un manual clásico de apicultura, al arte moderno y a la ilustración de aves, una mezcla (¡inusual, por cierto!) que convive muy bien con el mundo del genial cuentista, ya que era un buen conocedor del arte, de los secretos de la naturaleza y de los emprendimientos productivos rurales.

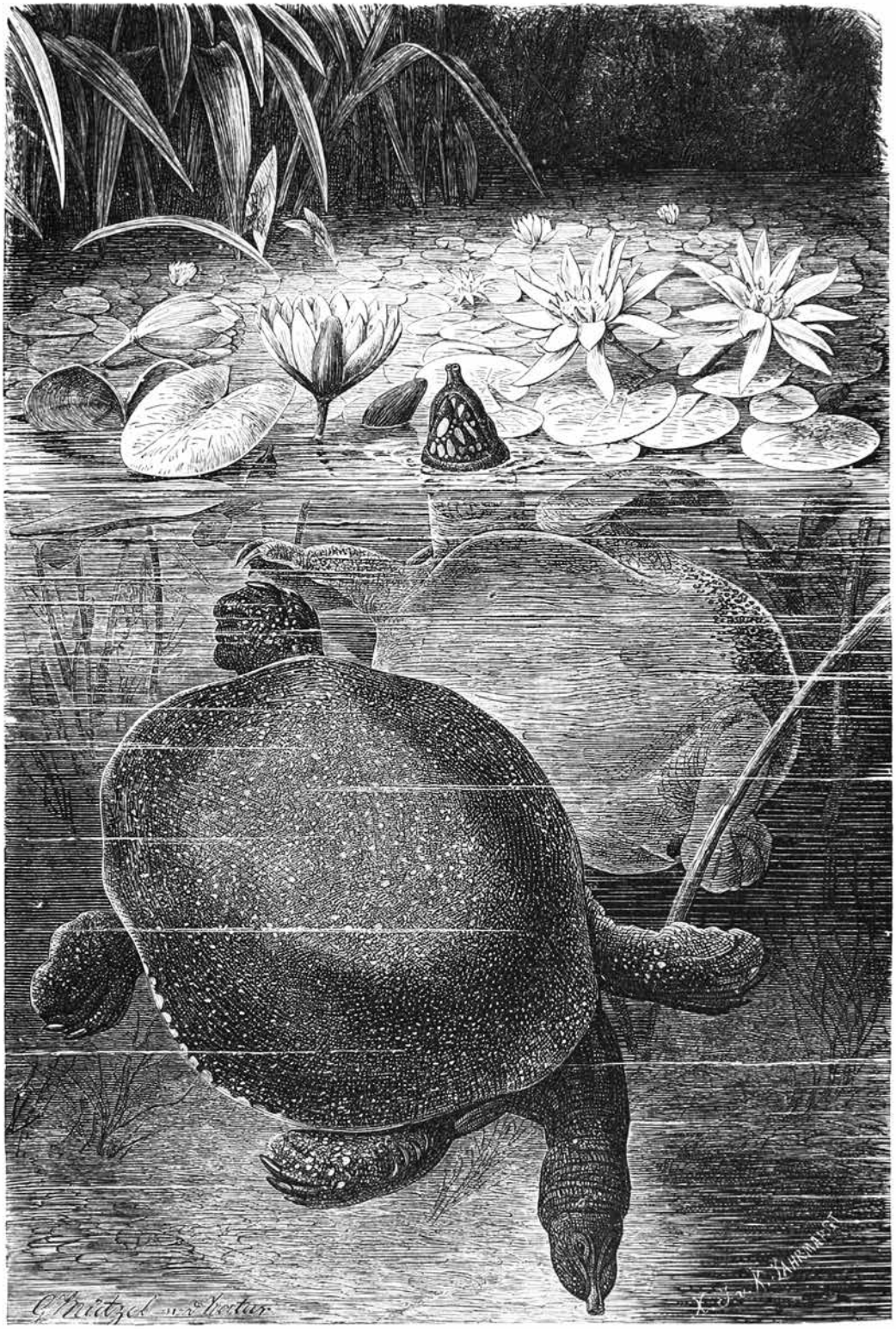
Para el libro de Dickens, en cambio, recurrimos a los grabados de un único ilustrador: Arthur Rackham.

Los realizó especialmente para una edición legendaria del libro, publicada en 1915.

Horacio Quiroga

CUENTOS DE LA SELVA

(Selección)



La tortuga gigante

Había una vez un hombre que vivía en Buenos Aires, y estaba muy contento porque era un hombre sano y trabajador. Pero un día se enfermó, y los médicos le dijeron que solamente yéndose al campo podría curarse. Él no quería ir, porque tenía hermanos chicos a quienes daba de comer; y se enfermaba cada día más. Hasta que un amigo suyo, que era director del Zoológico, le dijo un día:

—Usted es amigo mío, y es un hombre bueno y trabajador. Por eso quiero que se vaya a vivir al monte, a hacer mucho ejercicio al aire libre para curarse. Y como usted tiene mucha puntería con la escopeta, cace bichos del monte para traerme los cueros, y yo le daré plata adelantada para que sus hermanitos puedan comer bien.

El hombre enfermo aceptó, y se fue a vivir al monte, lejos, más lejos que Misiones todavía. Hacía allá mucho calor, y eso le hacía bien. Vivía solo en el bosque, y él mismo se cocinaba. Comía pájaros y bichos del monte, que cazaba con la escopeta, y después comía frutas. Dormía bajo los árboles, y cuando hacía mal tiempo, construía en cinco minutos una ramada con hojas de palmera, y allí pasaba sentado y fumando, muy contento en medio del bosque, que bramaba con el viento y la lluvia.
Había hecho un atado con los cueros de los animales, y los llevaba al hombro. Había también agarrado, vivas, muchas víboras venenosas, y las llevaba dentro de un gran mate, porque allá hay mates tan grandes como una lata de querosene.
El hombre tenía otra vez buen color, estaba fuerte y tenía apetito. Precisamente un día en que tenía mucha hambre, porque hacía dos días que no cazaba nada, vio a la orilla de una gran laguna un tigre enorme que quería comer una tortuga, y la ponía parada de canto para meter dentro una pata y sacar la carne con las uñas. Al ver al hombre el tigre lanzó un rugido espantoso y se lanzó de un salto sobre él. Pero el cazador, que tenía una gran puntería, le apuntó entre los dos ojos, y le rompió la cabeza. Después le sacó el cuero, tan grande que sólo podría servir de alfombra para un cuarto.
—Ahora —se dijo el hombre— voy a comer tortuga, que es una carne muy rica.
Pero cuando se acercó a la tortuga, vio que estaba ya herida,

y tenía la cabeza casi separada del cuello, y la cabeza colgaba casi de dos o tres hilos de carne.

A pesar del hambre que sentía, el hombre tuvo lástima de la pobre tortuga, y la llevó arrastrando con una soga hasta su ramada y le vendó la cabeza con tiras de género que sacó de su camisa, porque no tenía más que una sola camisa, y no tenía trapos. La había llevado arrastrando porque la tortuga era inmensa, tan alta como una silla, y pesaba como un hombre. La tortuga quedó arrimada a un rincón, y allí pasó días y días sin moverse.

El hombre la curaba todos los días, y después le daba golpecitos con la mano sobre el lomo. La tortuga sanó por fin. Pero entonces fue el hombre quien se enfermó. Tuvo fiebre y le dolía todo el cuerpo. Después no pudo levantarse más. La fiebre aumentaba siempre, y la garganta le quemaba de tanta sed. El hombre comprendió que estaba gravemente enfermo, y habló en voz alta, aunque estaba solo, porque tenía mucha fiebre.

—Voy a morir —dijo el hombre—. Estoy solo, ya no puedo levantarme más, y no tengo quién me dé agua, siquiera. Voy a morir aquí de hambre y de sed.

Y al poco rato la fiebre subió más aún, y perdió el conocimiento. Pero la tortuga lo había oído y entendió lo que el cazador decía. Y ella pensó entonces:

—El hombre no me comió la otra vez, aunque tenía mucha hambre, y me curó. Yo lo voy a curar a él ahora.

Fue entonces a la laguna, buscó una cáscara de tortuga chiquita, y después de limpiarla bien con arena y ceniza la llenó de agua y le dio de beber al hombre, que estaba tendido sobre su manta y se moría de sed. Se puso a buscar enseguida raíces ricas y yuyitos tiernos, que le llevó al hombre para que comiera. El hombre comía sin darse cuenta de quién le daba la comida, porque tenía delirio con la fiebre y no conocía a nadie.

Todas las mañanas, la tortuga recorría el monte buscando raíces cada vez más ricas para darle al hombre y sentía no poder subirse a los árboles para llevarle frutas. El cazador comió así días y días sin saber quién le daba la comida, y un día recobró el conocimiento. Miró a todos lados, y vio que estaba solo pues allí no había más que él y la tortuga, que era un animal. Y dijo otra vez en voz alta:

—Estoy solo en el bosque, la fiebre va a volver de nuevo, y voy a morir aquí, porque solamente en Buenos Aires hay remedios para curarme. Pero nunca podré ir, y voy a morir aquí.

Y como él lo había dicho, la fiebre volvió esa tarde, más fuerte que antes, y perdió de nuevo el conocimiento.

Pero también esta vez la tortuga lo había oído, y se dijo:

—Si queda aquí en el monte se va a morir, porque no hay remedios, y tengo que llevarlo a Buenos Aires.

Dicho esto, cortó enredaderas finas y fuertes, que son como piolas, acostó con mucho cuidado al hombre encima de su lomo, y lo sujetó bien con las enredaderas para que no se cayese. Hizo muchas pruebas para acomodar bien la escopeta,

los cueros y el mate con víboras, y al fin consiguió lo que quería, sin molestar al cazador, y emprendió entonces el viaje.
La tortuga, cargada así, caminó, caminó y caminó de día y de noche. Atravesó montes, campos, cruzó a nado ríos de una legua de ancho, y atravesó pantanos en que quedaba casi enterrada, siempre con el hombre moribundo encima. Después de ocho o diez horas de caminar se detenía, deshacía los nudos y acostaba al hombre con mucho cuidado en un lugar donde hubiera pasto bien seco. Iba entonces a buscar agua y raíces tiernas, y le daba al hombre enfermo. Ella comía también, aunque estaba tan cansada que prefería dormir.
A veces tenía que caminar al sol; y como era verano, el cazador tenía tanta fiebre que deliraba y se moría de sed. Gritaba: ¡agua!, ¡agua! a cada rato. Y cada vez la tortuga tenía que darle de beber.
Así anduvo días y días, semana tras semana. Cada vez estaban más cerca de Buenos Aires, pero también cada día la tortuga se iba debilitando, cada día tenía menos fuerza, aunque ella no se quejaba. A veces quedaba tendida, completamente sin fuerzas, y el hombre recobraba a medias el conocimiento. Y decía, en voz alta:
—Voy a morir, estoy cada vez más enfermo, y sólo en Buenos Aires me podría curar. Pero voy a morir aquí, solo en el monte.
Él creía que estaba siempre en la ramada, porque no se daba cuenta de nada. La tortuga se levantaba entonces, y emprendía de nuevo el camino.

Pero llegó un día, un atardecer, en que la pobre tortuga no pudo más. Había llegado al límite de sus fuerzas, y no podía más. No había comido desde hacía una semana para llegar más pronto. No tenía más fuerza para nada.

Cuando cayó del todo la noche, vio una luz lejana en el horizonte, un resplandor que iluminaba todo el cielo, y no supo qué era. Se sentía cada vez más débil, y cerró entonces los ojos para morir junto con el cazador, pensando con tristeza que no había podido salvar al hombre que había sido bueno con ella.

Y, sin embargo, estaba ya en Buenos Aires, y ella no lo sabía. Aquella luz que veía en el cielo era el resplandor de la ciudad, e iba a morir cuando estaba ya al fin de su heroico viaje.

Pero un ratón de la ciudad —posiblemente el ratoncito Pérez— encontró a los dos viajeros moribundos.

—¡Qué tortuga! —dijo el ratón—. Nunca he visto una tortuga tan grande. ¿Y eso que llevas en el lomo, qué es? ¿Es leña?

—No —le respondió con tristeza la tortuga—. Es un hombre.

—¿Y dónde vas con ese hombre? —añadió el curioso ratón.

—Voy… voy… Quería ir a Buenos Aires —respondió la pobre tortuga en una voz tan baja que apenas se oía—. Pero vamos a morir aquí porque nunca llegaré…

—¡Ah, zonza, zonza! —dijo riendo el ratoncito—. ¡Nunca vi una tortuga más zonza! ¡Si ya has llegado a Buenos Aires! Esa luz que ves allá es Buenos Aires.

Al oír esto, la tortuga se sintió con una fuerza inmensa porque

aún tenía tiempo de salvar al cazador, y emprendió la marcha.
Y cuando era de madrugada todavía, el director del Jardín Zoológico vio llegar a una tortuga embarrada y sumamente flaca, que traía acostado en su lomo y atado con enredaderas, para que no se cayera, a un hombre que se estaba muriendo.
El director reconoció a su amigo, y él mismo fue corriendo a buscar remedios, con los que el cazador se curó enseguida.
Cuando el cazador supo cómo lo había salvado la tortuga, cómo había hecho un viaje de trescientas leguas para que tomara remedios, no quiso separarse más de ella. Y como él no podía tenerla en su casa, que era muy chica, el director del Zoológico se comprometió a tenerla en el Jardín, y a cuidarla como si fuera su propia hija.
Y así pasó. La tortuga, feliz y contenta con el cariño que le tienen, pasea por todo el jardín, y es la misma gran tortuga que vemos todos los días comiendo el pastito alrededor de las jaulas de los monos.
El cazador la va a ver todas las tardes y ella conoce desde lejos a su amigo, por los pasos. Pasan un par de horas juntos, y ella no quiere nunca que él se vaya sin que le dé una palmadita de cariño en el lomo.

A. Thorburn

Las medias de los flamencos

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y a los sapos, a los flamencos y a los yacarés, y a los peces. Los peces, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río, los peces estaban asomados a la arena, y aplaudían con la cola.

Los yacarés, para adornarse bien, se habían puesto en el pescuezo un collar de bananas, y fumaban cigarros paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de pescado en todo el cuerpo, y caminaban meneándose, como si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios por la orilla del río, los peces les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgada, como un farolito, una luciérnaga que se balanceaba.

Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina, del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas llevaban una pollerita de tul colorado; las verdes, una de tul verde; las amarillas, otra de tul amarillo; y las yararás, una pollerita de tul gris pintada con rayas de polvo de ladrillo y ceniza, porque así es el color de las yararás.

Y las más espléndidas de todas eran las víboras de coral que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, blancas y negras, y bailaban como serpentinas. Cuando las víboras danzaban y daban vueltas apoyadas en la punta de la cola, todos los invitados aplaudían como locos.

Sólo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, sólo los flamencos estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia, no habían sabido cómo adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de las víboras de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de serpentinas, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias

coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.
Y levantando todos juntos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un almacén del pueblo.
—¡Tan-tan! —pegaron con las patas.
—¿Quién es? —respondió el almacenero.
—Somos los flamencos. ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?
—No, no hay —contestó el almacenero—. ¿Están locos? En ninguna parte van a encontrar medias así.
Los flamencos fueron entonces a otro almacén.
—¡Tan-tan! ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras? El almacenero contestó:
—¿Cómo dice? ¿Coloradas, blancas y negras? No hay medias así en ninguna parte. Ustedes están locos. ¿Quiénes son?
—Somos los flamencos —respondieron ellos.
Y el hombre dijo:
—Entonces son con seguridad flamencos locos. Fueron a otro almacén.
—¡Tan-tan! ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?
El almacenero gritó:
—¿De qué color? ¿Coloradas, blancas y negras? Solamente a pájaros narigudos como ustedes se les ocurre pedir medias así. ¡Váyanse enseguida!
Y el hombre los echó con la escoba.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.

Entonces un tatú, que había ido a tomar agua al río, se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

—¡Buenas noches, señores flamencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedirlas por encomienda postal. Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así. Pídanselas, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza. Y le dijeron:

—¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirte las medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las víboras, y si nos ponemos esas medias, las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

—¡Con mucho gusto! —respondió la lechuza—. Esperen un segundo, y vuelvo enseguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos; y al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víboras de coral, lindísimos cueros recién sacados a las víboras que la lechuza había cazado.

—Aquí están las medias —les dijo la lechuza—. No se preocupen de nada, sino de una sola cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento, bailen de costado, de pico, de cabeza, como ustedes quieran; pero no paren un momento, porque en vez de bailar van entonces a llorar.

Pero los flamencos, como son tan tontos, no comprendían bien qué gran peligro había para ellos en eso, y locos de alegría se pusieron los cueros de las víboras de coral, como medias, metiendo las patas dentro de los cueros, que eran como tubos. Y muy contentos se fueron volando al baile.

Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos, únicamente, y como los flamencos no dejaban un instante de mover las patas, las víboras no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar. Cuando los flamencos pasaban bailando al lado de ellas, se agachaban hasta el suelo para ver bien.

Las víboras de coral, sobre todo, estaban muy inquietas. No apartaban la vista de las medias, y se agachaban también tratando de tocar con la lengua las patas de los flamencos, porque la lengua de las víboras es como la mano de las personas. Pero los flamencos bailaban y bailaban sin cesar, aunque estaban cansadísimos y ya no podían más.

Las víboras de coral, que conocieron esto, pidieron enseguida a las ranas sus farolitos, que eran bichitos de luz, y esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados.

Efectivamente, un minuto después, un flamenco, que ya no podía más, tropezó con el cigarro de un yacaré, se tambaleó y cayó de costado. Enseguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos, y alumbraron bien las patas del flamenco. Y vieron

qué eran aquellas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la otra orilla del Paraná.

—¡No son medias! —gritaron las víboras—. ¡Sabemos lo que es! ¡Nos han engañado! ¡Los flamencos han matado a nuestras hermanas y se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víboras de coral!

Al oír esto, los flamencos, llenos de miedo porque estaban descubiertos, quisieron volar; pero estaban tan cansados que no pudieron levantar una sola pata. Entonces las víboras de coral se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron a mordiscones las medias. Les arrancaron las medias a pedazos, enfurecidas, y les mordían también las patas, para que murieran.

Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro sin que las víboras de coral se desenroscaran de sus patas. Hasta que al fin, viendo que ya no quedaba un solo pedazo de media, las víboras los dejaron libres, cansadas y arreglándose las gasas de sus trajes de baile.

Además, las víboras de coral estaban seguras de que los flamencos iban a morir, porque la mitad, por lo menos, de las víboras de coral que los habían mordido eran venenosas.

Pero los flamencos no murieron, corrieron a echarse al agua, sintiendo un grandísimo dolor. Gritaban de dolor, y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras. Pasaron días y días, y siempre sentían terrible ardor en las patas, y las tenían siempre del color de la sangre, porque estaban envenenadas.

Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están los flamencos casi todo el día con sus patas coloradas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.
A veces se apartan de la orilla, y dan unos pasos por la tierra, para ver cómo se hallan. Pero los dolores del veneno vuelven enseguida, y corren a meterse en el agua. A veces el ardor que sienten es tan grande, que encogen una pata y quedan así horas enteras, porque no pueden estirarla.
Ésta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas y ahora las tienen coloradas. Todos los peces saben por qué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pececito se acerca demasiado a burlarse de ellos.

Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre

Había una vez un coatí que tenía tres hijos. Vivían en el monte comiendo frutas, raíces y huevos de pajaritos. Cuando estaban arriba de los árboles y sentían un gran ruido, se tiraban al suelo de cabeza y salían corriendo con la cola levantada.

Una vez que los coaticitos fueron un poco grandes, su madre los reunió un día arriba de un naranjo y les habló así:
—Coaticitos: ustedes son bastante grandes para buscarse la comida solos. Deben aprenderlo, porque cuando sean viejos andarán siempre solos, como todos los coatís. El mayor de ustedes, que es muy amigo de cazar cascarudos, puede encontrarlos entre los palos podridos, porque allí hay muchos

cascarudos y cucarachas. El segundo, que es gran comedor de frutas, puede encontrarlas en este naranjal; hasta diciembre habrá naranjas. El tercero, que no quiere comer sino huevos de pájaros, puede ir a todas partes, porque en todas partes hay nidos de pájaros. Pero que no vaya nunca a buscar nidos al campo, porque es peligroso.

Coaticitos: hay una sola cosa a la cual deben tener gran miedo. Son los perros. Yo peleé una vez con ellos, y sé lo que les digo; por eso tengo un diente roto. Detrás de los perros vienen siempre los hombres con un gran ruido, que mata. Cuando oigan cerca este ruido, tírense de cabeza al suelo, por alto que sea el árbol. Si no lo hacen así, los matarán con seguridad de un tiro.

Así habló la madre. Todos se bajaron entonces y se separaron, caminando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si hubieran perdido algo, porque así caminan los coatís. El mayor, que quería comer cascarudos, buscó entre los palos podridos y las hojas de los yuyos, y encontró tantos, que comió hasta quedarse dormido. El segundo, que prefería las frutas a cualquier cosa, comió cuantas naranjas quiso, porque aquel naranjal estaba adentro del monte, como pasa en el Paraguay y Misiones, y ningún hombre vino a incomodarlo. El tercero, que era loco por los huevos de pájaros, tuvo que andar todo el día para encontrar únicamente dos nidos; uno de tucán, que tenía tres huevos, y uno de tórtola, que tenía sólo dos. Total, cinco huevos chiquitos, que era muy poca comida; de modo que al caer la tarde el coaticito tenía tanta hambre como de mañana,

y se sentó muy triste a la orilla del monte. Desde allí veía el campo, y pensó en la recomendación de su madre.
—¿Por qué no querrá mamá —se dijo— que vaya a buscar nidos en el campo?
Estaba pensando así cuando oyó, muy lejos, el canto de un pájaro.
—¡Qué canto tan fuerte! —dijo admirado—. ¡Qué huevos tan grandes debe tener ese pájaro!
El canto se repitió. Y entonces el coatí se puso a correr por entre el monte, cortando camino, porque el canto había sonado muy a su derecha. El sol caía ya, pero el coatí volaba con la cola levantada. Llegó a la orilla del monte, por fin, y miró al campo. Lejos vio la casa de los hombres, y vio a un hombre con botas que llevaba un caballo de la soga. Vio también un pájaro muy grande que cantaba y entonces el coaticito se golpeó la frente y dijo:
—¡Qué zonzo soy! Ahora ya sé qué pájaro es ése. Es un gallo; mamá me lo mostró un día de arriba de un árbol. Los gallos tienen un canto lindísimo, y tienen muchas gallinas que ponen huevos. ¡Si yo pudiera comer huevos de gallina!…
Es sabido que nada gusta tanto a los bichos chicos de monte como los huevos de gallina. Durante un rato el coaticito se acordó de la recomendación de su madre. Pero el deseo pudo más, y se sentó a la orilla del monte, esperando que cerrara bien la noche para ir al gallinero.
La noche cerró por fin, y entonces, en puntas de pie y paso a

paso, se encaminó a la casa. Llegó allá y escuchó atentamente: no se sentía el menor ruido. El coaticito, loco de alegría porque iba a comer cien, mil, dos mil huevos de gallina, entró en el gallinero, y lo primero que vio bien en la entrada fue un huevo que estaba solo en el suelo. Pensó un instante en dejarlo para el final, como postre, porque era un huevo muy grande, pero la boca se le hizo agua, y clavó los dientes en el huevo.
Apenas lo mordió, ¡TRAC!, un terrible golpe en la cara y un inmenso dolor en el hocico.
—¡Mamá, mamá! —gritó, loco de dolor, saltando a todos lados. Pero estaba sujeto, y en ese momento oyó el ronco ladrido de un perro.

***

Mientras el coatí esperaba en la orilla del monte que cerrara bien la noche para ir al gallinero, el hombre de la casa jugaba sobre la gramilla con sus hijos, dos criaturas rubias de cinco y seis años, que corrían riendo, se caían, se levantaban riendo otra vez, y volvían a caerse. El padre se caía también, con gran alegría de los chicos. Dejaron por fin de jugar porque ya era de noche, y el hombre dijo entonces:
—Voy a poner la trampa para cazar a la comadreja que viene a matar los pollos y robar los huevos.
Y fue y armó la trampa. Después comieron y se acostaron. Pero las criaturas no tenían sueño, y saltaban de la cama del uno a

la del otro y se enredaban en el camisón. El padre, que leía en el comedor, los dejaba hacer. Pero los chicos de repente se detuvieron en sus saltos y gritaron:

—¡Papá! ¡Ha caído la comadreja en la trampa! ¡Tuké está ladrando! ¡Nosotros también queremos ir, papá!

El padre consintió, pero no sin que las criaturas se pusieran las sandalias, pues nunca los dejaba andar descalzos de noche, por temor a las víboras.

Fueron. ¿Qué vieron allí? Vieron a su padre que se agachaba, teniendo al perro con una mano, mientras con la otra levantaba por la cola a un coatí, un coaticito chico aún, que gritaba con un chillido rapidísimo y estridente, como un grillo.

—¡Papá, no lo mates! —dijeron las criaturas—. ¡Es muy chiquito! ¡Dánoslo para nosotros!

—Bueno, se lo voy a dar —respondió el padre—. Pero cuídenlo bien, y sobre todo no se olviden de que los coatís toman agua como ustedes.

Esto lo decía porque los chicos habían tenido una vez un gatito montés al cual a cada rato le llevaban carne, que sacaban de la fiambrera; pero nunca le dieron agua, y se murió.

En consecuencia, pusieron al coatí en la misma jaula del gato montés, que estaba cerca del gallinero, y se acostaron todos otra vez.

Y cuando era más de medianoche y había un gran silencio, el coaticito, que sufría mucho por los dientes de la trampa, vio, a la luz de la luna, tres sombras que se acercaban con gran sigilo.

El corazón le dio un vuelco al pobre coaticito al reconocer a su madre y a sus dos hermanos que lo estaban buscando.
—¡Mamá, mamá! —murmuró el prisionero en voz muy baja para no hacer ruido—. ¡Estoy aquí! ¡Sáquenme de aquí! ¡No quiero quedarme, ma… má!… —y lloraba desconsolado.
Pero a pesar de todo estaban contentos porque se habían encontrado, y se hacían mil caricias en el hocico.
Se trató enseguida de hacer salir al prisionero. Probaron primero cortar el alambre tejido, y los cuatro se pusieron a trabajar con los dientes; mas no conseguían nada. Entonces a la madre se le ocurrió de repente una idea, y dijo:
—¡Vamos a buscar las herramientas del hombre! Los hombres tienen herramientas para cortar fierro. Se llaman limas. Tienen tres lados como las víboras de cascabel. Se empuja y se retira. ¡Vamos a buscarla!
Fueron al taller del hombre y volvieron con la lima. Creyendo que uno solo no tendría fuerzas bastantes, sujetaron la lima entre los tres y empezaron el trabajo. Y se entusiasmaron tanto, que al rato la jaula entera temblaba con las sacudidas y hacía un terrible ruido. Tal ruido hacía, que el perro se despertó, lanzando un ronco ladrido. Mas los coatís no esperaron a que el perro les pidiera cuenta de ese escándalo y dispararon al monte, dejando la lima tirada.
Al día siguiente, los chicos fueron temprano a ver a su nuevo huésped, que estaba muy triste.

—¿Qué nombre le pondremos? —preguntó la nena a su hermano.
—¡Ya sé! —respondió el varoncito—. ¡Le pondremos Diecisiete!
¿Por qué Diecisiete? Nunca hubo bicho del monte con nombre más raro. Pero el varoncito estaba aprendiendo a contar, y tal vez le había llamado la atención aquel número.
El caso es que se llamó Diecisiete. Le dieron pan, uvas, chocolate, carne, langostas, huevos, riquísimos huevos de gallina. Lograron que en un solo día se dejara rascar la cabeza; y tan grande es la sinceridad del cariño de las criaturas, que, al llegar la noche, el coatí estaba casi resignado con su cautiverio. Pensaba a cada momento en las cosas ricas que había para comer allí, y pensaba en aquellos rubios cachorritos de hombre que tan alegres y buenos eran.
Durante dos noches seguidas, el perro durmió tan cerca de la jaula, que la familia del prisionero no se atrevió a acercarse, con gran sentimiento. Cuando a la tercera noche llegaron de nuevo a buscar la lima para dar libertad al coaticito, éste les dijo:
—Mamá: yo no quiero irme más de aquí. Me dan huevos y son muy buenos conmigo. Hoy me dijeron que si me portaba bien me iban a dejar suelto muy pronto. Son como nosotros, son cachorritos también, y jugamos juntos.
Los coatís salvajes quedaron muy tristes, pero se resignaron, prometiendo al coaticito venir todas las noches a visitarlo. Efectivamente, todas las noches, lloviera o no, su madre y sus

hermanos iban a pasar un rato con él. El coaticito les daba pan por entre el tejido de alambre, y los coatís salvajes se sentaban a comer frente a la jaula.

Al cabo de quince días, el coaticito andaba suelto y él mismo se iba de noche a su jaula. Salvo algunos tirones de orejas que se llevaba por andar muy cerca del gallinero, todo marchaba bien. Él y las criaturas se querían mucho, y los mismos coatís salvajes, al ver lo buenos que eran aquellos cachorritos de hombre, habían concluido por tomar cariño a las dos criaturas.

Hasta que una noche muy oscura, en que hacía mucho calor y tronaba, los coatís salvajes llamaron al coaticito y nadie les respondió. Se acercaron muy inquietos y vieron entonces, en el momento en que casi la pisaban, una enorme víbora que estaba enroscada a la entrada de la jaula. Los coatís comprendieron enseguida que el coaticito había sido mordido al entrar, y no había respondido a su llamado porque acaso estaba ya muerto. Pero lo iban a vengar bien. En un segundo, entre los tres, enloquecieron a la serpiente de cascabel, saltando de aquí para allá, y en otro segundo, cayeron sobre ella, deshaciéndole la cabeza a mordiscones.

Corrieron entonces adentro, y allí estaba en efecto el coaticito, tendido, hinchado, con las patas temblando y muriéndose. En balde los coatís salvajes lo movieron; lo lamieron en balde por todo el cuerpo durante un cuarto de hora. El coaticito abrió por fin la boca y dejó de respirar, porque estaba muerto.

Los coatís son casi refractarios, como se dice, al veneno de las

víboras. No les hace casi nada el veneno, y hay otros animales, como la mangosta, que resisten muy bien el veneno de las víboras. Con toda seguridad el coaticito había sido mordido en una arteria o una vena, porque entonces la sangre se envenena enseguida, y el animal muere. Esto le había pasado al coaticito. Al verlo así, su madre y sus hermanos lloraron un largo rato. Después, como nada más tenían que hacer allí, salieron de la jaula, se dieron vuelta para mirar por última vez la casa donde tan feliz había sido el coaticito, y se fueron otra vez al monte. Pero los tres coatís, sin embargo, iban muy preocupados, y su preocupación era ésta: ¿Qué iban a decir los chicos, cuando, al día siguiente, vieran muerto a su querido coaticito? Los chicos le querían muchísimo y ellos, los coatís, querían también a los cachorritos rubios. Así es que los tres coatís tenían el mismo pensamiento, y era evitarles ese gran dolor a los chicos. Hablaron un largo rato y al fin decidieron lo siguiente: el segundo de los coatís, que se parecía muchísimo al menor en cuerpo y en modo de ser, iba a quedarse en la jaula en vez del difunto. Como estaban enterados de muchos secretos de la casa, por los cuentos del coaticito, los chicos no conocerían nada; extrañarían un poco algunas cosas, pero nada más.
Y así pasó en efecto. Volvieron a la casa, y un nuevo coaticito reemplazó al primero, mientras la madre y el otro hermano se llevaban sujeto a los dientes el cadáver del menor. Lo llevaron despacio al monte, y la cabeza colgaba, balanceándose, y la cola iba arrastrando por el suelo.

Al día siguiente los chicos extrañaron, efectivamente, algunas costumbres raras del coaticito. Pero como éste era tan bueno y cariñoso como el otro, las criaturas no tuvieron la menor sospecha. Formaron la misma familia de cachorritos de antes, y, como antes, los coatís salvajes venían noche a noche a visitar al coaticito civilizado, y se sentaban a su lado a comer pedacitos de huevos duros que él les guardaba, mientras ellos le contaban la vida de la selva.

El paso del Yabebirí

En el río Yabebirí, que está en Misiones, hay muchas rayas, porque «Yabebirí» quiere decir precisamente «Río-de-las-rayas». Hay tantas, que a veces es peligroso meter un solo pie en el agua. Yo conocí un hombre a quien lo picó una raya en el talón y que tuvo que caminar rengueando media legua para llegar a su casa: el hombre iba llorando y cayéndose de dolor. Es uno de los dolores más fuertes que se puede sentir.

Como en el Yabebirí hay también muchos otros peces, algunos hombres van a cazarlos con bombas de dinamita. Tiran una bomba al río, matando millones de peces. Todos los peces que están cerca mueren, aunque sean grandes como una casa. Y mueren también todos los chiquitos, que no sirven para nada.

Ahora bien, una vez un hombre fue a vivir allá, y no quiso que tiraran bombas de dinamita, porque tenía lástima de los pececitos. Él no se oponía a que pescaran en el río para comer; pero no quería que mataran inútilmente a millones de pececitos. Los hombres que tiraban bombas se enojaron al principio, pero como el hombre tenía un carácter serio, aunque era muy bueno, los otros se fueron a cazar a otra parte, y todos los peces quedaron muy contentos. Tan contentos y agradecidos estaban a su amigo que había salvado a los pececitos, que lo conocían apenas se acercaba a la orilla. Y cuando él andaba por la costa fumando, las rayas lo seguían arrastrándose por el barro, muy contentas de acompañar a su amigo. Él no sabía nada, y vivía feliz en aquel lugar.

Y sucedió que una vez, una tarde, un zorro llegó corriendo hasta el Yabebirí, y metió las patas en el agua, gritando:

—¡Eh, rayas! ¡Ligero! Ahí viene el amigo de ustedes, herido.

Las rayas, que lo oyeron, corrieron ansiosas a la orilla. Y le preguntaron al zorro:

—¿Qué pasa? ¿Dónde está el hombre?

—¡Ahí viene! —gritó el zorro de nuevo—. ¡Ha peleado con un tigre! ¡El tigre viene corriendo! ¡Seguramente va a cruzar a la isla! ¡Denle paso, porque es un hombre bueno!

—¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo que le vamos a dar paso! —contestaron las rayas—. ¡Pero lo que es el tigre, ése no va a pasar!

—¡Cuidado con él! —gritó aún el zorro—. ¡No se olviden de que

es el tigre! Y pegando un brinco, el zorro entró de nuevo en el monte.

Apenas acababa de hacer esto, cuando el hombre apartó las ramas y apareció todo ensangrentado y la camisa rota. La sangre le caía por la cara y el pecho hasta el pantalón, y desde las arrugas del pantalón, la sangre caía a la arena. Avanzó tambaleando hacia la orilla, porque estaba muy herido, y entró en el río. Pero apenas puso un pie en el agua, las rayas que estaban amontonadas se apartaron de su paso, y el hombre llegó con el agua al pecho hasta la isla, sin que una raya lo picara. Y conforme llegó, cayó desmayado en la misma arena, por la gran cantidad de sangre que había perdido.

Las rayas no habían aún tenido tiempo de compadecer del todo a su amigo moribundo, cuando un terrible rugido les hizo dar un brinco en el agua.

—¡El tigre! ¡El tigre! —gritaron todas, lanzándose como una flecha a la orilla.

En efecto, el tigre que había peleado con el hombre y que lo venía persiguiendo había llegado a la costa del Yabebirí. El animal estaba también muy herido, y la sangre le corría por todo el cuerpo. Vio al hombre caído como muerto en la isla, y lanzando un rugido de rabia, se echó al agua, para acabar de matarlo.

Pero apenas hubo metido una pata en el agua, sintió como si le hubieran clavado ocho o diez terribles clavos en las patas, y dio

un salto atrás: eran las rayas, que defendían el paso del río, y le habían clavado con toda su fuerza el aguijón de la cola.
El tigre quedó roncando de dolor, con la pata en el aire; y al ver toda el agua de la orilla turbia como si removieran el barro del fondo, comprendió que eran las rayas que no lo querían dejar pasar. Y entonces gritó enfurecido:
—¡Ah, ya sé lo que es! ¡Son ustedes, malditas rayas! ¡Salgan del camino!
—¡No salimos! —respondieron las rayas.
—¡Salgan!
—¡No salimos! ¡Él es un hombre bueno! ¡No hay derecho para matarlo!
—¡Él me ha herido a mí!
—¡Los dos se han herido! ¡Ésos son asuntos de ustedes en el monte! ¡Aquí está bajo nuestra protección!… ¡No se pasa!
—¡Paso! —rugió por última vez el tigre.
—¡NI NUNCA! —respondieron las rayas.
(Ellas dijeron «ni nunca» porque así dicen los que hablan guaraní, como en Misiones).
—¡Vamos a ver! —rugió aún el tigre. Y retrocedió para tomar impulso y dar un enorme salto.
El tigre sabía que las rayas están casi siempre en la orilla; y pensaba que si lograba dar un salto muy grande acaso no hallara más rayas en el medio del río, y podría así comer al hombre moribundo.

Pero las rayas lo habían adivinado y corrieron todas al medio del río, pasándose la voz:

—¡Fuera de la orilla! —gritaban bajo el agua—. ¡Adentro! ¡A la canal! ¡A la canal!

Y en un segundo el ejército de rayas se precipitó río adentro, a defender el paso, a tiempo que el tigre daba su enorme salto y caía en medio del agua. Cayó loco de alegría, porque en el primer momento no sintió ninguna picadura, y creyó que las rayas habían quedado todas en la orilla, engañadas…

Pero apenas dio un paso, una verdadera lluvia de aguijonazos, como puñaladas de dolor, lo detuvieron en seco: eran otra vez las rayas, que le acribillaban las patas a picaduras.

El tigre quiso continuar, sin embargo; pero el dolor era tan atroz, que lanzó un alarido y retrocedió corriendo como loco a la orilla. Y se echó en la arena de costado, porque no podía más de sufrimiento; y la barriga subía y bajaba como si estuviera cansadísimo.

Lo que pasaba es que el tigre estaba envenenado con el veneno de las rayas.

Pero aunque habían vencido al tigre, las rayas no estaban tranquilas porque tenían miedo de que viniera la tigra y otros tigres, y otros muchos más… Y ellas no podrían defender más el paso.

En efecto, el monte bramó de nuevo, y apareció la tigra, que se puso loca de furor al ver al tigre tirado de costado en la arena.

Ella vio también el agua turbia por el movimiento de las rayas, y se acercó al río. Y tocando casi el agua con la boca, gritó:
—¡Rayas! ¡Quiero paso!
—¡No hay paso! —respondieron las rayas.
—¡No va a quedar una sola raya con cola, si no dan paso! —rugió la tigra.
—¡Aunque quedemos sin cola, no se pasa! —respondieron ellas.
—¡Por última vez, paso!
—¡NI NUNCA! —gritaron las rayas.
La tigra, enfurecida, había metido sin querer una pata en el agua, y una raya, acercándose despacio, acababa de clavarle todo el aguijón entre los dedos. Al rugido de dolor del animal, las rayas respondieron, sonriéndose:
—¡Parece que todavía tenemos cola!
Pero la tigra había tenido una idea, y con esa idea entre las cejas, se alejaba de allí, costeando el río aguas arriba, y sin decir una palabra.
Mas las rayas comprendieron también esta vez cuál era el plan de su enemigo. El plan de su enemigo era éste: pasar el río por otra parte, donde las rayas no sabían que había que defender el paso. Y una inmensa ansiedad se apoderó entonces de las rayas.
—¡Va a pasar el río aguas más arriba! —gritaron—. ¡No queremos que mate al hombre! ¡Tenemos que defender a nuestro amigo!

Y se revolvían desesperadas entre el barro, hasta enturbiar el río.
—¡Pero qué hacemos! —decían—. Nosotras no sabemos nadar ligero… ¡La tigra va a pasar antes que las rayas de allá sepan que hay que defender el paso a toda costa!
Y no sabían qué hacer. Hasta que una rayita muy inteligente dijo de pronto:
—¡Ya está! ¡Que vayan los dorados! ¡Los dorados son amigos nuestros! ¡Ellos nadan más ligero que nadie!
—¡Eso es! —gritaron todas—. ¡Que vayan los dorados!
Y en un instante la voz pasó y en otro instante se vieron ocho o diez filas de dorados, un verdadero ejército de dorados que nadaban a toda velocidad aguas arriba, y que iban dejando surcos en el agua, como los torpedos.
A pesar de todo, apenas tuvieron tiempo de dar la orden de cerrar el paso a los tigres; la tigra ya había nadado, y estaba ya por llegar a la isla.
Pero las rayas habían corrido ya a la otra orilla, y en cuanto la tigra hizo pie, las rayas se abalanzaron contra sus patas, deshaciéndoselas a aguijonazos. El animal, enfurecido y loco de dolor, rugía, saltaba en el agua, hacía volar nubes de agua a manotones. Pero las rayas continuaban precipitándose contra sus patas, cerrándole el paso de tal modo, que la tigra dio vuelta, nadó de nuevo y fue a echarse a su vez a la orilla, con las cuatro patas monstruosamente hinchadas; por allí tampoco se podía ir a comer al hombre.

Mas las rayas estaban también muy cansadas. Y lo que es peor, el tigre y la tigra habían acabado por levantarse y entraban en el monte.

¿Qué iban a hacer? Esto tenía muy inquietas a las rayas, y tuvieron una larga conferencia. Al fin dijeron:

—¡Ya sabemos lo que es! Van a ir a buscar a los otros tigres y van a venir todos. ¡Van a venir todos los tigres y van a pasar!

—¡NI NUNCA! —gritaron las rayas más jóvenes y que no tenían tanta experiencia.

—¡Sí, pasarán, compañeritas! —respondieron tristemente las más viejas—.

Si son muchos acabarán por pasar… Vamos a consultar a nuestro amigo.

Y fueron todas a ver al hombre, pues no habían tenido tiempo aún de hacerlo, por defender el paso del río.

El hombre estaba siempre tendido, porque había perdido mucha sangre, pero podía hablar y moverse un poquito. En un instante las rayas le contaron lo que había pasado, y cómo habían defendido el paso a los tigres que lo querían comer. El hombre herido se enterneció mucho con la amistad de las rayas que le habían salvado la vida, y dio la mano con verdadero cariño a las rayas que estaban más cerca de él. Y dijo entonces:

—¡No hay remedio! Si los tigres son muchos, y quieren pasar, pasarán…

—¡No pasarán! —dijeron las rayas chicas—. ¡Usted es nuestro amigo y no van a pasar!

—¡Sí, pasarán, compañeritas! —dijo el hombre. Y añadió, hablando en voz baja—: El único modo sería mandar a alguien a casa a buscar el winchester con muchas balas… pero yo no tengo ningún amigo en el río, fuera de los pescados… y ninguno de ustedes sabe andar por la tierra.
—¿Qué hacemos entonces? —dijeron las rayas ansiosas.
—A ver, a ver… —dijo entonces el hombre, pasándose la mano por la frente, como si recordara algo—. Yo tuve un amigo… un carpinchito que se crió en casa y que jugaba con mis hijos… Un día volvió otra vez al monte y creo que vivía aquí, en el Yabebirí… pero no sé dónde estará…
Las rayas dieron entonces un grito de alegría:
—¡Ya sabemos! ¡Nosotras lo conocemos! ¡Tiene su guarida en la punta de la isla! ¡Él nos habló una vez de usted! ¡Lo vamos a mandar a buscar enseguida!
Y dicho y hecho: un dorado muy grande voló río abajo a buscar al carpinchito; mientras el hombre disolvía una gota de sangre seca en la palma de la mano, para hacer tinta, y con una espina de pescado, que era la pluma, escribió en una hoja seca, que era el papel. Y escribió esta carta: Mándenme con el carpinchito el winchester y una caja entera de veinticinco balas.
Apenas acabó el hombre de escribir, el monte entero tembló con un sordo rugido: eran todos los tigres que se acercaban a entablar la lucha. Las rayas llevaban la carta con la cabeza afuera del agua para que no se mojara, y se la dieron al

carpinchito, el cual salió corriendo por entre el pajonal a llevarla a la casa del hombre.

No quedó raya en todo el Yabebirí que no recibiera orden de concentrarse en las orillas del río, alrededor de la isla. De todas partes, de entre las piedras, de entre el barro, de la boca de los arroyitos, de todo el Yabebirí entero, las rayas acudían a defender el paso contra los tigres. Y por delante de la isla, los dorados cruzaban y recruzaban a toda velocidad.

Ya era tiempo, otra vez; un inmenso rugido hizo temblar el agua misma de la orilla, y los tigres desembocaron en la costa.

Eran muchos; parecía que todos los tigres de Misiones estuvieran allí. Pero el Yabebirí entero hervía también de rayas, que se lanzaron a la orilla, dispuestas a defender a todo trance el paso.

—¡Paso a los tigres!

—¡No hay paso! —respondieron las rayas.

Y ya era tiempo, porque los rugidos, aunque lejanos aún, se acercaban velozmente. Las rayas reunieron entonces a los dorados que estaban esperando órdenes, y les gritaron:

—¡Ligero, compañeros! ¡Recorran todo el río y den la voz de alarma! ¡Que todas las rayas estén prontas en todo el río! ¡Que se encuentren todas alrededor de la isla! ¡Veremos si van a pasar!

Y el ejército de dorados voló enseguida, río arriba y río abajo, haciendo rayas en el agua con la velocidad que llevaban.

—¡Paso, de nuevo!

—¡No se pasa!

—¡No va a quedar raya, ni hijo de raya, ni nieto de raya, si no dan paso!
—¡Es posible! —respondieron las rayas—. ¡Pero ni los tigres, ni los hijos de tigres, ni los nietos de tigres, ni todos los tigres del mundo van a pasar por aquí!
Así respondieron las rayas. Entonces los tigres rugieron por última vez:
—¡Paso pedimos!
—¡NI NUNCA!
Y la batalla comenzó entonces. Con un enorme salto los tigres se lanzaron al agua. Y cayeron todos sobre un verdadero piso de rayas. Las rayas les acribillaron las patas a aguijonazos, y a cada herida los tigres lanzaban un rugido de dolor. Pero ellos se defendían a zarpazos, manoteando como locos en el agua. Y las rayas volaban por el aire con el vientre abierto por las uñas de los tigres.
El Yabebirí parecía un río de sangre. Las rayas morían a centenares… pero los tigres recibían también terribles heridas, y se retiraban a tenderse y rugir en la playa, horriblemente hinchados. Las rayas, pisoteadas, deshechas por las patas de los tigres, no desistían; acudían sin cesar a defender el paso. Algunas volaban por el aire, volvían a caer al río, y se precipitaban de nuevo contra los tigres.
Media hora duró esta lucha terrible. Al cabo de esa media hora, todos los tigres estaban otra vez en la playa, sentados de fatiga y rugiendo de dolor; ni uno solo había pasado.

Pero las rayas estaban también deshechas de cansancio. Muchas, muchísimas habían muerto. Y las que quedaban vivas dijeron:

—No podremos resistir dos ataques como éste. ¡Que los dorados vayan a buscar refuerzos! ¡Que vengan enseguida todas las rayas que haya en el Yabebirí!

Y los dorados volaron otra vez río arriba y río abajo, e iban tan ligero que dejaban surcos en el agua, como los torpedos.

Las rayas fueron entonces a ver al hombre.

—¡No podremos resistir más! —le dijeron tristemente las rayas.

Y aun algunas rayas lloraban, porque veían que no podrían salvar a su amigo.

—¡Váyanse, rayas! —respondió el hombre herido—. ¡Déjenme solo! ¡Ustedes han hecho ya demasiado por mí! ¡Dejen que los tigres pasen!

—¡NI NUNCA! —gritaron las rayas en un solo clamor—. ¡Mientras haya una sola raya viva en el Yabebirí, que es nuestro río, defenderemos al hombre bueno que nos defendió antes a nosotras!

El hombre herido exclamó entonces, contento:

—¡Rayas! ¡Yo estoy casi por morir, y apenas puedo hablar; pero yo les aseguro que en cuanto llegue el winchester, vamos a tener farra para largo rato; esto yo se lo aseguro a ustedes!

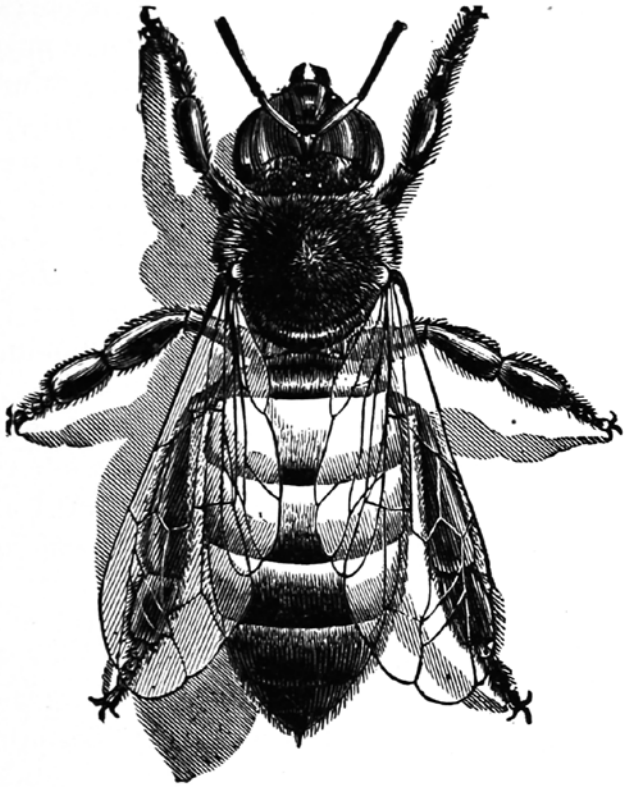
—¡Sí, ya lo sabemos! —contestaron las rayas entusiasmadas.

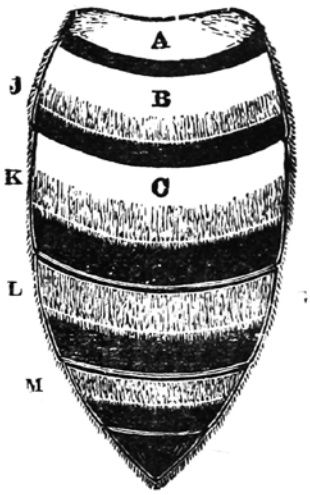
Pero no pudieron concluir de hablar, porque la batalla recomenzaba. En efecto: los tigres, que ya habían descansado,

se pusieron bruscamente en pie, y agachándose como quien va a saltar, rugieron:
—¡Por última vez, y de una vez por todas: paso!
—¡NI NUNCA! —respondieron las rayas lanzándose a la orilla.
Pero los tigres habían saltado a su vez al agua y recomenzó la terrible lucha. Todo el Yabebirí, ahora de orillea a orilla, estaba rojo de sangre, y la sangre hacía espuma en la arena de la playa. Las rayas volaban deshechas por el aire y los tigres rugían de dolor; pero nadie retrocedía un paso.
Y los tigres no sólo no retrocedían, sino que avanzaban. En balde el ejército de dorados pasaba a toda velocidad río arriba y río abajo, llamando a las rayas: las rayas se habían concluido; todas estaban luchando frente a la isla y la mitad había muerto ya. Y las que quedaban estaban todas heridas y sin fuerzas.
Comprendieron entonces que no podrían sostenerse un minuto más, y que los tigres pasarían; y las pobres rayas, que preferían morir antes que entregar a su amigo, se lanzaron por última vez contra los tigres. Pero ya todo era inútil. Cinco tigres nadaban ya hacia la costa de la isla. Las rayas, desesperadas, gritaron:
—¡A la isla! ¡Vamos todas a la otra orilla!
Pero también esto era tarde: dos tigres más se habían echado a nado, y en un instante todos los tigres estuvieron en medio del río, y no se veía más que sus cabezas.
Pero también en ese momento un animalito, un pobre animalito colorado y peludo cruzaba nadando a toda fuerza el Yabebirí: era el carpinchito, que llegaba a la isla llevando el winchester y

las balas en la cabeza para que no se mojaran.
El hombre dio un gran grito de alegría, porque le quedaba tiempo para entrar en defensa de las rayas. Le pidió al carpinchito que lo empujara con la cabeza para colocarse de costado, porque él solo no podía; y ya en esta posición cargó el winchester con la rapidez de un rayo.
Y en el preciso momento en que las rayas, desgarradas, aplastadas, ensangrentadas, veían con desesperación que habían perdido la batalla y que los tigres iban a devorar a su pobre amigo herido, en ese momento oyeron un estampido, y vieron que el tigre que iba delante y pisaba ya la arena, daba un gran salto y caía muerto, con la frente agujereada de un tiro.
—¡Bravo, bravo! —clamaron las rayas, locas de contento—. ¡El hombre tiene el winchester! ¡Ya estamos salvadas!
Y enturbiaban toda el agua verdaderamente locas de alegría. Pero el hombre proseguía tranquilo tirando, y cada tiro era un nuevo tigre muerto. Y a cada tigre que caía muerto lanzando un rugido, las rayas respondían con grandes sacudidas de la cola. Uno tras otro, como si el rayo cayera entre sus cabezas, los tigres fueron muriendo a tiros. Aquello duró solamente dos minutos. Uno tras otro se fueron al fondo del río, y allí las palometas los comieron. Algunos boyaron después, y entonces los dorados los acompañaron hasta el Paraná, comiéndolos, y haciendo saltar el agua de contento.
En poco tiempo las rayas, que tienen muchos hijos, volvieron a ser tan numerosas como antes. El hombre se curó, y quedó

tan agradecido a las rayas que le habían salvado la vida, que se fue a vivir a la isla. Y allí, en las noches de verano le gustaba tenderse en la playa y fumar a la luz de la luna, mientras las rayas, hablando despacito, se lo mostraban a los peces que no le conocían, contándoles la gran batalla que, aliadas a ese hombre, habían tenido una vez contra los tigres.




A
J
B
K
C
L
M

La abeja haragana

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar, es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se pasaba todo el día mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de

las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia para cuidar que no entren bichos. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida y tienen el lomo pelado porque han perdido todos los pelos de rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

—Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—Yo ando todo el día volando, y me canso mucho.

—No es cuestión de que te canses mucho —respondieron—, sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana. Y ella respondió enseguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días —le respondieron—, sino mañana mismo. Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:

—¡Sí, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido —le

respondieron—, sino de que trabajes. Hoy es 19 de abril. Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora, pasa.
Y diciendo esto, se apartaron para dejarla entrar.
Pero el 20 de abril pasó en vano como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.
La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allá dentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.
—¡No se entra! —le dijeron fríamente.
—¡Yo quiero entrar! —clamó la abejita—. Ésta es mi colmena.
—Ésta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras —le contestaron las otras—. No hay entrada para las haraganas.
—¡Mañana sin falta voy a trabajar! —insistió la abejita.
—No hay mañana para las que no trabajan —respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.
Y diciendo esto la empujaron afuera.
La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía y se veía apenas. Quiso cogerse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más.
Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.
—¡Ay, mi Dios! —clamó la desamparada—. Va a llover, y me voy a morir de frío.

Y tentó entrar en la colmena. Pero de nuevo le cerraron el paso.
—¡Perdón! —gimió la abeja—. ¡Déjenme entrar!
—Ya es tarde —le respondieron.
—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!
—Es más tarde aún.
—¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!
—Imposible.
—¡Por última vez! ¡Me voy a morir! Entonces le dijeron:
—No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.
Y la echaron.
Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró hasta que de pronto rodó por un agujero; cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna. Creyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color ladrillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.
En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.
Las culebras comen abejas, que les gustan mucho. Por esto la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:
—¡Adiós mi vida! Ésta es la última hora que yo veo la luz.
Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

—¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.
—Es cierto —murmuró la abejita—. No trabajo, y yo tengo la culpa.
—Siendo así —agregó la culebra, burlona—, voy a quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.
La abeja, temblando, exclamó entonces:
—¡No es justo eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.
—¡Ah, ah! — exclamó la culebra, enroscándose ligero—. ¿Tú conoces bien a los hombres? ¿Tú crees que los hombres, que les quitan la miel a ustedes, son más justos, grandísima tonta?
—No, no es por eso que nos quitan la miel —respondió la abeja.
—¿Y por qué, entonces?
—Porque son más inteligentes.
Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír, exclamando:
—¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer; apróntate.
Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero ésta exclamó:
—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.
— ¿Yo menos inteligente que tú, mocosa? —se rió la culebra.
—Así es —afirmó la abeja.
—Pues bien —dijo la culebra—, vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. La que haga la prueba más rara, ésa gana. Si gano yo, te como.

—¿Y si gano yo? —preguntó la abejita.
—Si ganas tú —repuso su enemiga—, tienes el derecho de pasar la noche aquí, hasta que sea de día. ¿Te conviene?
—Aceptado —contestó la abeja.
La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo: Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena y que le daba sombra.
Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y les llaman trompitos de eucalipto.
—Esto es lo que voy a hacer —dijo la culebra—. ¡Fíjate bien, atención!
Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.
La culebra se reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar a un trompito. Pero cuando el trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:
—Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.
—Entonces, te como —exclamó la culebra.
—¡Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que nadie hace.
—¿Qué es eso?

—Desaparecer.
—¿Cómo? —exclamó la culebra, dando un salto de sorpresa—. ¿Desaparecer sin salir de aquí?
—Sin salir de aquí.
—¿Y sin esconderte en la tierra?
—Sin esconderme en la tierra.
—Pues bien, ¡hazlo! Y si no lo haces, te como enseguida —dijo la culebra.
El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.
La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:
—Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta, y contar hasta tres. Cuando diga «tres», búsqueme por todas partes, ¡ya no estaré más!
Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: «uno…, dos…, tres», y se volvió y abrió la boca cuan grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.
La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba?
No había modo de hallarla.

—¡Bueno! —exclamó por fin—. Me doy por vencida. ¿Dónde estás?
Una voz que apenas se oía —la voz de la abejita— salió del medio de la cueva.
—¿No me vas a hacer nada? —dijo la voz—. ¿Puedo contar con tu juramento?
—Sí —respondió la culebra—. Te lo juro. ¿Dónde estás?
—Aquí —respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.
¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: la plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraran, ocultando completamente al insecto.
La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de este fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.
La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.
Fue una noche larga, interminable, que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río adentro.

Hacía mucho frío, además, y adentro reinaba la oscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y ésta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche tras noche en la colmena, bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia.

Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana, sino una abeja que había hecho en sólo una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fue, en efecto. En adelante, ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección, antes de morir, a las jóvenes abejas que la rodeaban:

—No es nuestra inteligencia, sino nuestro trabajo lo que nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez mi inteligencia, y fue para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche. Trabajen, compañeras,

pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos —la felicidad de todos— es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.

FIN

Charles Dickens

CUENTO DE NAVIDAD

Capítulo primero

Marley había muerto.

No cabía ninguna duda. La partida de defunción estaba firmada por el cura, por el sacristán, por el encargado de las pompas fúnebres y por el presidente del duelo. ¿Lo sabía Scrooge? Por supuesto. Scrooge y él, a lo largo de no sé cuántos años, habían sido socios. Scrooge era su único administrador, su único amigo, el único que acompañó el féretro. Aunque, es verdad, el tristísimo suceso no lo conmovió tanto que no pudiera, el mismo día de los funerales, mostrarse como hábil hombre de negocios y llevar a cabo una de sus ventas más productivas.

> Marley estaba muerto, prestemos mucha atención a ese hecho, porque si no esta historia no tendría nada de maravillosa.
> Scrooge no borró jamás el nombre del viejo Marley. Todavía lo conservaba escrito, años después, encima de la puerta del almacén: **«Scrooge y Marley»**.

Scrooge vivía concentrado en sus pensamientos, sin comunicarlos, solitario como un hongo. Esa frialdad interior avejentaba su figura, le coloreaba la nariz puntiaguda, le arrugaba las mejillas, le enrojecía los párpados, le azuleaba los labios finos y le enronquecía la voz. Su cabeza, sus cejas y su barba fina y nerviosa parecían recubiertas de escarcha.

Un día, el más notable de todos los buenos del año, la víspera de Navidad, el viejo Scrooge estaba sentado en su escritorio muy entretenido en sus negocios. En la calle hacía un frío penetrante y reinaba le niebla. Scrooge podía oír cómo la gente iba de un lado a otro soplándose las puntas de los dedos, respirando ruidosamente, golpeándose el cuerpo con las manos y pisando con fuerza para calentarse los pies.

Acababan de dar las tres de la tarde en los relojes de la City y, sin embargo, casi era de noche.

Scrooge tenía la puerta de su despacho abierta para vigilar a Bob Cratehit, su empleado, que estaba ocupado copiando cartas. La estufa de Scrooge tenía poco fuego, pero menos aún la de Bob.

—Te deseo una feliz Noche Buena, tío, y que Dios te bendiga —gritó alguien alegremente—. Era la voz del sobrino de Scrooge. Este último, ocupado en sus negocios, no lo había visto entrar y quedó sorprendido.

—Bah —dijo Scrooge—. Tonterías.

—¿La Noche Buena una tontería, tío? No habrás querido decir eso, estoy seguro.

—Sí —dijo Scrooge—. ¡Una feliz Noche Buena! ¿Cómo vas a

estar así de feliz? ¿Por qué estás feliz? Eres bastante pobre.
—Bueno, bueno —le respondió alegremente el sobrino—¿Y porqué estás tan triste? ¿Por qué todo el día dedicado a este trabajo agotador? Ya eres bastante rico.
—Bah —dijo Scrooge sin encontrar otra contestación mejor que dar.
Y su «bah» fue seguido de la misma palabra de antes: «tonterías».
—No te pongas de mal humor, tío —dijo el sobrino.
—Y cómo no, cuando se vive en un mundo de locos como este. ¡Una feliz Noche Buena! Váyanse al diablo todas ellas. ¿Qué es la Navidad, sino una época en que vencen muchos pagarés y en que hay que pagarlos aunque no se tenga dinero?
—¡Tío! —exclamó el sobrino queriendo defender la Noche Buena.
—Sobrino, puedes disfrutar de la Noche Buena a tu gusto, déjame celebrarla al mío.
—¡Celebrar la Noche Buena! ¡Pero si no la celebras!
—Déjame en paz. Festeja tú. ¡Te ha sido de gran ayuda!
—No te pongas mal, tío. Vine a invitarte a comer con nosotros mañana.
—Buenas noches —dijo Scrooge.
—Estoy apenado, verdaderamente apenado de verte tan decidido. Nunca tuvimos nada el uno contra el otro, al menos yo. Di este paso para honrar la Noche Buena y conservaré mi buen humor. Por lo tanto te deseo una felicísima Noche Buena.
—Buenas noches —dijo Scrooge.

—Y un buen principio de año.
—Buenas noches.
El sobrino abandonó el despacho sin dar la más pequeña muestra de descontento. Antes de salir a la calle se detuvo para felicitar a Bob Cratehit, el empleado de su tío, quien aunque estaba congelado demostraba más calor que Scrooge, y le devolvió cordialmente la felicitación.
—He ahí otro loco —murmuró Scrooge que los estaba oyendo—. ¡Un empleado que gana quince chelines por semana, con esposa e hijos, hablando de la Noche Buena! Hay para encerrarse en un manicomio.
Mientras tanto, la niebla y la oscuridad se iban haciendo densas. Se veía a mucha gente correr de un lado a otro con antorchas encendidas, ofreciendo sus servicios a los cocheros para andar delante de los caballos y guiarlos en su camino. El frío se volvió penetrante. En uno de los rincones del patio, varios trabajadores dedicados a la reparación de las cañerías del gas habían encendido un enorme brasero, alrededor del cual estaban agrupados muchos hombres y niños haraposos, calentándose y guiñando los ojos con aire de satisfacción.
Por fin llegó la hora de cerrar el negocio. Scrooge se levantó de su banqueta lleno de mal humor, dando así la señal de marcha al empleado.
—Supongo que querrás tener el día libre mañana —dijo Scrooge.
—Si le parece conveniente.

—No me conviene. De ninguna manera. ¿Qué dirías si no te pago el día de sueldo de mañana? Te sentirías perjudicado.
El empleado se sonrió ligeramente.
—Y sin embargo —continuó Scrooge— a mí no me consideras perjudicado, a pesar de que te pago un día por no hacer nada.
El empleado le observó que eso ocurría solo una sola vez cada año.
—Pobre fundamento para meter la mano en el bolsillo de un hombre todos los 25 de diciembre —dijo Scrooge abotonándose la levita hasta el cuello—. Supongo que necesitarás todo el día. Confío en que me indemnizarás pasado mañana viniendo más temprano.
El empleado se lo prometió y Scrooge salió refunfuñando.
El almacén quedó cerrado en un santiamén y el empleado corrió a todo lo que daba en dirección a su casa para jugar a la gallina ciega.
Scrooge comió en el bodegón mezquino donde lo hacía siempre. Después de haber leído todos los periódicos, y ocupado el resto de la noche en repasar su libro de cuentas, se dirigió a su casa para acostarse. Vivía en la misma habitación que su antiguo socio. Un aposento que formaba parte de un antiguo y sombrío edificio, situado al final de una callejuela, de la que se despegaba tanto que parecía que, habiendo ido a encajarse allí en su juventud, jugando a las escondidas con otras casas, no había sabido después encontrar el camino para volverse.

Es necesario recordar que Scrooge no había pensado, ni una sola vez, en Marley después del fallecimiento de su socio, ocurrido siete años antes.

Ahora que me diga alguien, si sabe, cómo fue que él, en el momento de introducir la llave en la cerradura, vio en el aldabón que colgaba en su puerta, sin pronunciar ningún conjuro, no un aldabón, sino la figura de Marley.

Sí, sin dudas la misma figura de Marley.

Y no era una sombra invisible como la de los demás objetos del patio, sino que parecía estar rodeada de un fulgor siniestro. Su expresión no tenía ira o ferocidad; pero miraba a Scrooge como Marley solía hacerlo: con sus anteojos de fantasma levantados sobre su frente. Su pelo se agitaba de una manera singular, movido por un soplo o vapor cálido y, aunque tenía los ojos desmesuradamente abiertos, los conservaba inmóviles.

Decir que Scrooge no se estremeció o que su sangre no sufrió una sacudida terrible, como no la había sentido desde la infancia, sería faltar a la verdad. Pero se sobrepuso, empuñó otra vez la llave, la dio vuelta con un movimiento brusco, entró y encendió una vela.

Cerró fuerte la puerta, cruzó el vestíbulo y subió la escalera cuidando de apretar bien la vela. La oscuridad es muy barata y por eso Scrooge la quería mucho. Pero, antes de cerrar la puerta de su habitación, examinó los muebles para ver si todo se hallaba en orden.

El salón, la alcoba, todo estaba como siempre. No había

nadie debajo de la mesa. Nadie en el sofá. Ya completamente tranquilo, Scrooge cerró la puerta de su pieza con doble vuelta, precaución que no tomaba nunca, y se quitó la corbata. Se puso la bata, las zapatillas y el gorro de dormir y se sentó delante del fuego para tomar su sopa de avena.

Después de algunas vueltas se sentó. Como tenía la cabeza echada hacia atrás, sobre el respaldo de la silla, sus ojos se detuvieron, por casualidad, en una campanilla que ya no servía y flotaba suspendida del techo.

Con gran sorpresa e inexplicable terror, Scrooge observó que la campanilla se ponía en movimiento. Al principio se balanceaba suavemente, tanto que apenas producía sonido, pero luego aumentó considerablemente y todas las campanillas de la casa la acompañaron. La puerta del sótano se abrió con estrépito, y el ruido se hizo perceptible en el piso bajo, después en la escalera, hasta que por último se fue acercando a la puerta.

—Tonterías —exclamó Scrooge—, no creo en fantasmas.

Sin embargo, muy pronto palideció al ver al espectro que, atravesando sin la menor dificultad la puerta maciza, fue a colocarse ante él.

La misma cara, absolutamente la misma. Marley con su colita de pelos, su chaleco de siempre, sus pantalones ajustados y sus botas.

La cadena con la que tanto ruido hacía estaba atada a su cintura, y era tan larga que le rodeaba todo el cuerpo, como si fuera una larga cola. Estaba hecha, Scrooge la observó de

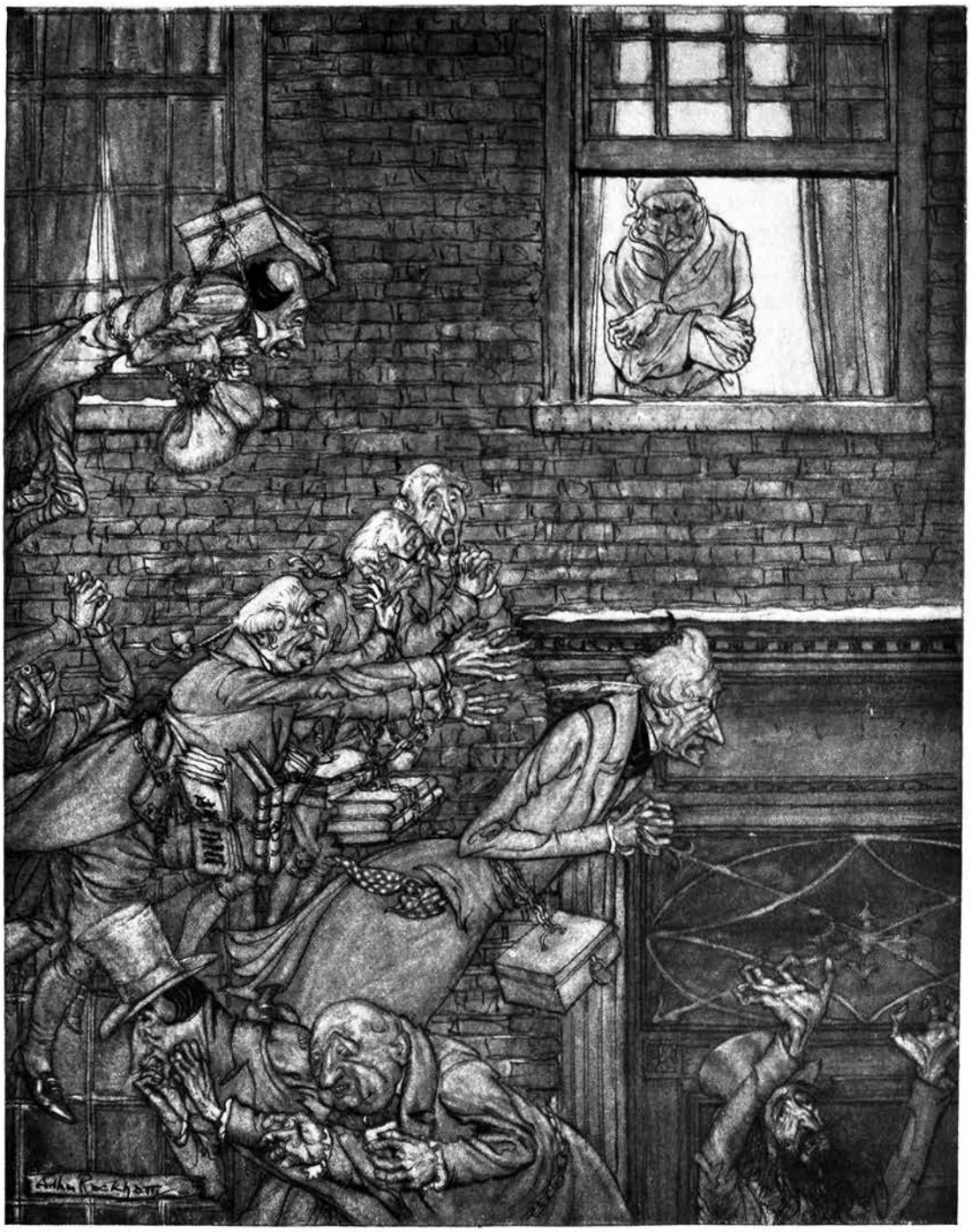
muy cerca, de cajas fuertes, llaves, candados, libros contables, recibos y bolsas de acero.
—¿Qué quieres de mí? —preguntó Scrooge.
—Muchas cosas.
Era indudablemente la voz de Marley.
—¿Quién eres?
—Mejor pregunta: ¿quién fuiste?
—¿Quién fuiste, entonces? —dijo Scrooge levantando la voz—.
—En el mundo fui tu socio.
—¿Puedes tomar asiento? —preguntó Scrooge, dudando—.
—Puedo.
—Entonces te pido que lo hagas.
Scrooge hizo la pregunta porque ignoraba si un fantasma tan transparente podía sentarse. Pero el aparecido se sentó frente a él, al otro lado de la chimenea, como si estuviera muy acostumbrado a hacerlo.
—¿No crees en mí? —preguntó el fantasma.
—No —dijo Scrooge.
—¿Qué prueba necesitas además de la evidencia de tus sentidos?
—No sé todavía.
—¿Por qué dudas de tus sentidos?
—Porque la menor cosa alcanza para alterarlos. Basta un ligero desarreglo en el estómago para que nos engañen, y podría ser que vos no seas más que un bife de carne mal digerido; media cucharada de mostaza podrida; un pedazo de queso rancio; una

partícula de batata mal cocida.
Aunque el espectro permanecía sentado y quieto, sus cabellos, sus vestiduras y las borlas de sus botas se movían impulsados por un vapor cálido como el que se desprende de un horno.
El terror de Scrooge aumentó al observar que el fantasma, quitándose el pañuelo que le rodeaba la cabeza, como si sintiese la necesidad de hacerlo a causa de la temperatura de la habitación, dejó caer la mandíbula inferior, que le quedó colgando sobre el pecho.
Scrooge se arrodilló ocultando la cara con las manos.
—¡Piedad! —dijo—. Terrorífica aparición, ¿por qué vienes a atormentarme?
—Alma mundanal, ¿crees o no crees en mí?
—Creo —dijo Scrooge—, pues no hay otro remedio. Pero, ¿por qué pasean los espíritus y vienen a buscarme?
—Porque es una obligación de todos los hombres que el alma contenida en ellos se mezcle con las de sus semejantes y viaje por el mundo: si no lo experimenta durante la vida, está condenado a hacerlo después de la muerte; obligado a vagar —¡desdichado de mí!— por el mundo y a ser testigo inútil de muchas cosas en las que no se le permite intervenir.
El aparecido lanzó un grito, sacudió la cadena y retorció sus fantásticas manos.
—¿Estás encadenado? —preguntó Scrooge— ¿Por qué?
—Arrastro la cadena que durante toda mi vida he forjado yo mismo —respondió el fantasma—. Yo soy quien la ha tallado

eslabón a eslabón. Yo, quien la ha ajustado a mi cuerpo libre y por mi propia voluntad, para arrastrarla siempre. El modelo te parece bien singular, ¿no es cierto?
Scrooge temblaba cada vez más.
—¿Quieres saber —continuó el espectro de su antiguo socio— el peso y la longitud de la enorme cadena que te estás preparando a ti mismo? Hace siete años era tan larga y tan pesada como ésta; después continuaste aumentándola. Ya es una buena cadena.
Scrooge miró alrededor suyo, creyendo divisarla tendida y alargada por el piso. Pero no vio nada.
—Marley —dijo con aire suplicante—. Mi viejo Marley, háblame. Dime algunas palabras de consuelo.
—No tengo ningún consuelo. Los consuelos vienen de otro lado. Tampoco te diré todo lo que deseo decirte, porque dispongo de muy poco tiempo. No puedo descansar, no puedo detenerme, no puedo permanecer en ninguna parte. Mi alma no se separó nunca de nuestro mostrador. No traspasó, como sabes, los reducidos límites de nuestro negocio, y por eso ahora tengo necesidad de hacer tantos penosos viajes.
—¿Llevas ya siete años de muerto y aún dura tu viaje?
—Durante ese tiempo no ha habido para mí tregua ni reposo.
—¿Viajas de prisa?
—En las alas del viento.
—Debes haber visto mucho en siete años.
—En estas fechas es cuando sufro más —murmuró el

espectro—. Escúchame, mi tiempo se va a terminar pronto.
—Te escucho —contestó Scrooge.
—Por qué he podido presentarme así, en esta forma conocida para vos, lo desconozco. Muchas veces te he acompañado pero permaneciendo invisible.
Scrooge sintió escalofríos y sudores de muerte.
—Y ese es mi tormento menor—continuó el espectro—. Estoy aquí para decirte que aún te queda una posibilidad de salvación. Una posibilidad y una esperanza.
—Siempre fuiste un gran amigo. ¡Gracias!
—Te van a visitar tres espíritus —continuó diciendo el espectro.
El rostro de Scrooge tomó un color tan pálido como el de su interlocutor.
—Creo… creo… que sería mejor que no se presentaran —dijo Scrooge.
—Sin sus visitas vas a caer en la misma desgracia que yo.
El primero aparecerá cuando el reloj dé la una. El segundo en la siguiente noche a la misma hora y, el tercero en la siguiente, cuando haya sonado la última campanada de las doce. No volveremos a vernos. Pero por tu bien, nunca olvides lo que acaba de suceder entre nosotros.
Después de estas palabras el espectro de Marley se puso en marcha caminando hacia atrás. A cada paso suyo se levantaba un poco la ventana, de modo que cuando llegó a la misma, esta se hallaba completamente abierta.
Scrooge fue tras él y se asomó con insaciable curiosidad.

Afuera estaba lleno de fantasmas errantes, que iban de un lado para otro como almas en pena exhalando tristes y profundos gemidos.
Todos arrastraban una cadena como el espectro de Marley: algunos pocos (sin duda eran ministros cómplices de una misma política) flotaban encadenados juntos; ninguno en libertad. Varios otros eran conocidos de Scrooge. El suplicio de todas aquellas sombras, consistía, evidentemente, en querer con ansia, aunque sin resultado, mezclarse con los vivos para hacer algún bien.
Aquellos seres vaporosos se disiparon en la niebla, o la niebla los envolvió en sus sombras. Scrooge no pudo averiguar nada. Las sombras y sus voces se desvanecieron al unísono, y la noche volvió a tomar su primer aspecto.
Scrooge cerró la ventana y examinó cuidadosamente la puerta por donde había entrado el espectro. Sintió una imperiosa necesidad de descansar. Se fue a la cama y, acostándose sin desnudarse, cayó en un profundo sueño.



Capítulo segundo
EL PRIMERO DE LOS TRES

Cuando Scrooge despertó

reinaba una oscuridad tan grande que podía distinguir la ventana de la pared. En ese momento empezó a sonar el reloj de una iglesia vecina. La campana dio siete golpes, después ocho y llegó hasta doce.

¡Medianoche!

—¡No es posible que haya dormido todo un día y parte de una segunda noche! —se dijo.

Scrooge se puso a pensar y a repensar, una y mil veces, en lo que sucedía, sin comprender nada. Cuanto más pensaba más se confundía, y cuanto menos trataba de pensar más pensaba. Así estuvo hasta que el reloj de la iglesia marcó tres cuartos de hora más y en seguida se acordó del espíritu de que debía presentarse a la una. Resolvió, entonces, mantenerse despierto hasta que la hora hubiese pasado.

Esos quince minutos le parecieron singularmente largos. Hasta que oyó el reloj.

Cuando llegó el momento, despidiendo un sonido tenebroso y melancólico, la habitación se iluminó y se descorrieron las sábanas de la cama.

La figura que apareció era muy extraña… de un niño y, sin embargo, tan parecido a un niño como a un viejo. El fantasma vestía una túnica blanca ceñida con un cordón de fulgurante luz y llevaba en la mano una rama de pino verde recién cortada. Contrastando con este emblema del invierno, la aparición estaba adornada de flores propias del verano. Pero lo más extraño era la llama deslumbrante que le brotaba de la cabeza, gracias a la cual hacía visible todos los objetos. Por eso, sin duda, en sus momentos de tristeza, el fantasma se ponía de sombrero una gran pantalla que llevaba debajo del brazo.

—¿Eres el espíritu cuya visita se me ha anunciado?
—preguntó Srooge.

—Lo soy.

Su voz era dulcísima, agradable, pero singularmente baja, como si en vez de hallarse allí se encontrara a muy larga distancia.

—¿Quién eres?

—Soy el espíritu de la Noche Buena pasada.

—¿Pasada hace mucho tiempo?

—No. De tu última Noche Buena.

Scrooge preguntó entonces cuál era el motivo de la visita.

—Tu felicidad —contestó el espectro.

Y mientras hablaba tendió su poderosa mano, tomándolo suavemente del brazo.

—Levántate y ven conmigo —le dijo.

En vano hubiera protestado Scrooge. No había modo de resistir el apretón de aquella mano, aunque era suave como la de una mujer. El viejo se levantó y observando que el espíritu marchaba hacia la ventana, lo agarró por la vestidura en actitud de súplica.
—Yo soy mortal —le dijo Scrooge—. Podría caerme.
—Permíteme tan sólo que te toque con la mano —contestó el espíritu, poniéndosela sobre el corazón—. Así tendrás fuerzas para resistir muchas pruebas.
Y al pronunciar estas palabras atravesaron las paredes y salieron. La oscuridad y la niebla habían desaparecido también. Era un día de invierno, claro y espléndido, con la tierra cubierta de nieve.
—¡Dios mío! —exclamó Scrooge con las manos unidas, mientras que paseaba su mirada—. Aquí fui educado, aquí pasé mi infancia.
El espíritu lo miró con bondad. Su dulce toque al corazón, aunque duró poco, había cambiado la sensibilidad del viejo. Los perfumes que aromaban el aire le despertaban miles de alegrías, de ideas y de esperanzas por mucho tiempo olvidadas. ¡Por muy largo tiempo!
Scrooge reconocía cada puerta, cada árbol, hasta que divisaron a la distancia una aldea pequeña con su iglesia, su puente y su arroyo de curso sinuoso. Unos ponis de crines largas se dirigían hacia ellos. Los niños llamaban a otros niños que andaban en unos carruajes muy humildes.
—Esas son las sombras de lo pasado —observó el espíritu—. No saben que las vemos.

Los alegres viajeros fueron aproximándose a ellos y, a medida que lo hacían, Scrooge iba reconociéndolos y llamando a cada uno por su nombre.

—La escuela no ha quedado desierta —indicó el espíritu—. Hay en ella un niño solo, abandonado por los demás.

Scrooge dijo que lo reconocía y suspiró. El espíritu y él entraron y se dirigieron a la parte posterior de la casa. Llegaron a una extensa sala, triste, solitaria, llena de banquetas y de pupitres. Sentado en uno de ellos, cerca de un escaso fuego, un niño leía. Nadie lo acompañaba. Scrooge, sentándose en un banco, lloró, reconociéndose en aquel niño tan olvidado como entonces lo estaba él.

Ahora Scrooge observó que el niño, imagen suya, se había desarrollado, y que la sala estaba algo más sucia y más oscura. ¿Cómo se habían dado estos cambios? Scrooge lo ignoraba tanto como ustedes. Sabía únicamente que era un hecho incuestionable; que se encontraba allí, siempre solo, mientras que sus compañeros estaban en sus respectivas casas gozando alegres y contentos de la Noche Buena.

Scrooge se volvió hacia el espectro y moviendo con aire melancólico la cabeza, lanzó una mirada, llena de ansiedad, a la puerta. Esta se abrió dejando entrar a una niña de menos edad que el estudiante, la cual, dirigiéndose como una flecha hacia él, lo apretó entre sus brazos y exclamó:

—¡Hermano querido! Vengo para llevarte a casa.

—¿A casa, Paquita?

—Sí —contestó ella—. ¡A casa, a casa, a casa! Ni más ni menos. Y para siempre. Papá es ahora tan bueno, en comparación de lo que era antes, que todo se ha convertido en un paraíso. Hace unos días me habló con un cariño tan grande que no dudé en pedirle otra vez que vinieras y me lo concedió. Me ha enviado con un coche a buscarte. Vas a ser un hombre —continuó la niña abriendo desmesuradamente los ojos—. No volverás aquí y vamos a pasar reunidos las fiestas de Noche Buena de la manera más alegre del mundo.

—Eres verdaderamente una mujer, Paquita —contestó el joven.

Ella volvió a aplaudir y a reír. Luego trató de acariciarlo, pero como era tan pequeña, tuvo que pararse sobre las puntas de los pies para darle un abrazo y volvió a reír. Por último, ya impaciente, lo arrastró hacia la puerta. Él fue tras ella contentísimo.

Una voz poderosa se dejó oír en la casa.

«Bajen pronto el equipaje del joven Scrooge».

Y apareció el maestro en persona, quien dirigiendo al joven una mirada entre huraña y benévola, le estrechó la mano en forma de despedida.

—Esa niña siempre fue una criatura delicada, a quien el más pequeño soplo hubiera podido marchitar —dijo el espectro—. Pero tenía un gran corazón.

—Es cierto —contestó Scrooge.

—Murió casada y me parece que ha dejado dos hijos.

—Uno solo —repuso Scrooge.

—Es verdad —asintió el espectro. Tu sobrino.
Scrooge asintió y dijo brevemente:
—Sí.
Aunque no habían hecho más que abandonar el colegio, se encontraban ya en las calles de una gran ciudad, por donde pasaban y repasaban sombras humanas y sombras de carruajes en gran número.
—Mi tiempo se agota —dijo el espíritu.
Estas palabras no iban dirigidas a Scrooge o a alguien que él pudiera ver, pero produjeron un efecto inmediato, pues Scrooge volvió a contemplarse, aunque de más edad, en la flor de la vida. Su rostro no tenía los rasgos duros y severos de la madurez, pero sí notaba en él ya las señales del nerviosismo y de la avaricia, y en sus ojos una inmovilidad ardiente, codiciosa, que revelaba hacia qué lado iba a proyectarse la sombra del árbol que empezaba a crecer.
No apareció solo. A su lado había una hermosa joven, vestida de luto, cuyos ojos, llenos de lágrimas, brillaban a la luz del espectro.
—Nuestro compromiso es muy antiguo —dijo ella—. Lo contrajimos cuando éramos pobres y estábamos contentos con nuestra situación. Nos propusimos esperar hasta hacer una pequeña fortuna con trabajo y perseverancia. Tú has cambiado: cuando contrajiste el compromiso eras otro hombre.
—Era un niño —replicó él con impaciencia.
—Tu conciencia te está diciendo que hoy no eres lo que eras entonces. Has cambiado totalmente. Tu carácter no es el

mismo, así como tampoco el ambiente en el que vives, ni la esperanza que te anima. Si no hubiera existido el compromiso que nos unía —dijo la joven con dulzura pero con firmeza—, dime, ¿solicitarías mi mano hoy? ¡Oh, no!

Scrooge estuvo a punto de aceptar esta suposición, casi contra su voluntad, pero se resistió.

—Eso no es verdad.

—Sería feliz si las cosas fueran de otra manera. Para que haya resuelto admitir una verdad tan triste, ha sido preciso que advirtiese en ella una fuerza invencible. Pero si te vieras hoy o mañana en libertad, ¿podría yo creer, como en otro tiempo, que elegirías para esposa una joven sin dote, tú, que en la intimidad, cuando me descubrías tu corazón francamente, no parabas de calcularlo todo en la balanza del interés y de apreciarlo todo por la utilidad que podías obtener de cada cosa?

Estoy convencida de lo que digo y por eso te devuelvo tu libertad, en homenaje al amor que te tuve en otro tiempo, cuando eras otro hombre.

Dichas estas palabras ella se retiró.

—Espíritu, no me enseñes más —dijo Scrooge—. Llévame de vuelta a mi casa. ¿Por qué te gusta atormentarme?

—Otra sombra —gritó el fantasma.

—No, basta —dijo Scrooge—. No, no quiero ver más. No me enseñes nada.

Pero el implacable fantasma, tomándolo entre sus brazos, le hizo ver cómo seguían los acontecimientos. Se transportaron a otro sitio, a una estancia no muy grande ni muy bella, pero agradable

y cómoda. Cerca de un hermoso fuego había una linda joven, tan parecida a la de la escena anterior, que Scrooge la confundía con ella, hasta que la vio convertida en madre de familia, sentada al lado de su hija.

Entonces Scrooge, prestando mayor atención, vio que el padre, a cuyo brazo estaba tiernamente aferrada la hija, se sentaba entre ella y la madre, junto a la chimenea, y pensó que a él también hubiera podido llamarlo «padre» una criatura semejante, tan graciosa y tan linda, y convertir en una hermosa primavera el triste invierno de su vida. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Bella —dijo el marido volviéndose con una dulce sonrisa hacia su mujer—, esta noche he visto a uno de tus antiguos novios.

—¿Quién?

—¿No lo adivinas?

—¿Cómo?… Pero ya caigo —continuó riéndose con él—. El señor Scrooge.

—El mismo. Pasaba por delante de la ventana de su negocio, y como tenía sin correr las cortinas lo vi. Su socio ha muerto y él está allí, como siempre, solo. Solo en el mundo.

—Espíritu —dijo Scrooge con voz entrecortada—. Quiero irme de aquí.

El espíritu entonces se aplanó bajo su sombrero fantástico y desapareció casi por completo. En el suelo y alrededor del fantasma apareció un círculo de rayos luminosos.

Scrooge se sintió fatigado y con irresistibles ganas de dormir. Se vio en su cuarto y apenas tuvo tiempo para arrojarse sobre la cama antes de caer en un profundo sueño.

Capítulo tercero
EL SEGUNDO DE LOS TRES ESPÍRITUS

Scrooge se despertó a causa de un sonoro ronquido.

Incorporándose en la cama trató de ordenar sus ideas. No hubo necesidad de decirle que el reloj iba a dar la una. Él estaba muy resuelto a desafiar un ilimitado número de extrañas y fantásticas apariciones y a no admirarse absolutamente de nada, se tratase de un inofensivo niño en su cuna o de un rinoceronte.

Pero si estaba preparado para casi todo, no lo estaba en realidad para no esperar nada, y por eso cuando el reloj dio la una, sin que apareciese ningún espíritu, se apoderó de él un escalofrío violento y se puso a temblar con todo su cuerpo.

Transcurrieron cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora y no aparecía nadie. Al final comenzó a sospechar de un misterioso resplandor que parecía provenir del cuarto de al lado, desde donde, a juzgar por el rastro lumínico, parecía haber alguien. Esta idea se apoderó de Scrooge, quien se levantó y, poniéndose las zapatillas, caminó sin hacer ruido hasta la puerta.

En el momento en que ponía la mano sobre el picaporte, una voz extraña lo llamó por su nombre y le animó a que entrase. Él obedeció.

Aquel era efectivamente el salón de su casa, no había duda, pero transformado de una manera admirable. Las paredes y el techo estaban magníficamente cubiertos de follaje verde: aquello parecía un verdadero bosque, lleno de frondosos pinos, de hiedras con frutos relucientes y carmesíes. Las hojas lustrosas de estas últimas reflejaban la luz como si fueran espejos.

En la chimenea brillaba un fuego nutrido, como no lo había conocido nunca en la época de Marley y en la de Scrooge. Amontonados sobre el suelo y formando como una especie de trono, había pavos, gansos, caza menor de toda clase, carnes frías, lechoncitos, jamones, chorizos, pasteles de picadillo, de pasas, barriles de ostras, castañas asadas, manzanas rojas, jugosas naranjas, suculentas peras, tortas de reyes y tazas de ponche humeante que oscurecía con sus deliciosas emanaciones la atmósfera del salón. Un gigante, de festivo aspecto y simpática presencia, estaba echado con la mayor comodidad en aquella cama.

—Adelante —gritó el fantasma—, adelante. No me tengas miedo.

Scrooge entró tímidamente haciendo una reverencia al espíritu. Ya no era el huraño Scrooge de antes, y aunque las miradas del fantasma expresaban un carácter benévolo, bajó la vista.

—Soy el espíritu de la Navidad actual —dijo el fantasma—. Mírame bien.

Scrooge obedeció respetuosamente.
—¡No debes haber visto nada parecido! —dijo el espíritu.
—Jamás.
—¿Has viajado con los individuos más jóvenes de mi familia; quiero decir (porque yo soy joven) mis hermanos mayores de estos últimos años?
—No lo creo, sospecho que no. ¿Tienes muchos hermanos?
—Más de mil ochocientos.
—¡Qué familia numerosa, gigante!
El espíritu de la Navidad se puso de pie.
—Llévame adonde quieras —dijo con sumisión Scrooge—. Anoche salí contra mi voluntad y recibí una lección que comienza a producir sus frutos. Si esta noche tienes algo que enseñarme, te prometo que lo aprovecharé.
—Toca mi vestido.
Scrooge cumplió la orden y se agarró de la túnica.
Inmediatamente se desvaneció todo lo que había en el salón. El cuarto, la luz rojiza, hasta la misma noche desaparecieron también, y los viajeros se encontraron en las calles de la ciudad la mañana de Navidad, cuando la gente, bajo la impresión de un frío algo vivo, producía por todas partes una especie de música discordante, raspando la nieve amontonada delante de las casas o barriéndola de las canaletas para la diversión de los niños, que creían estar ante avalanchas en miniatura.
En seguida se trasladaron, siempre invisibles, a los arrabales de la ciudad. El espíritu de la Navidad actual condujo a Scrooge

al domicilio de su empleado. Al atravesar el umbral, el espíritu sonrió y se detuvo para echar una bendición, regando además con su antorcha el humilde recinto de Bob Cratchit.
La mujer de Cratchit, vestida humildemente pero adornada con muchas cintas, de esas que quedan bien sin importar lo poquísimo que valen, estaba poniendo la mesa con la ayuda de Belinda Cratchit. El mayor de sus hijos metía su tenedor en la olla llena de batatas y estiraba cuanto le era posible su enorme cuello de camisa. No precisamente su cuello, sino el de su padre, pues éste, en honor a la Navidad, se lo había prestado y él, orgulloso de verse tan acicalado, ansiaba lucirse en el paseo más concurrido y elegante.
Bob compuso con ginebra y limones una especie de bebida caliente, después de haberla agitado bien en todos sentidos. Mientra tanto su hijo Pedro y los dos más pequeños fueron a buscar el pato con el cual regresaron muy pronto, llevándolo en procesión triunfal. Los pequeños Cratchit, niño y niña, penetraron en la habitación diciendo que habían olfateado el pato en la panadería y habían reconocido cuál era el de ellos.
—Nunca —dijo Bob— se ha visto un pato igual.
Su sabor, su gordura, su bajo precio, lo tierno que estaba, el pato despertó la admiración universal: con la salsa de manzanas y el puré de batatas hubo suficiente comida para todos ellos. El señor Cratchit, notando un pequeño resto de hueso, dijo que no se habían podido comer todo el pato: la familia entera estaba satisfecha, particularmente los pequeños Cratchit, ambos llenos

hasta los ojos de salsa de cebollas.
Cuando Belinda terminó de poner los platos para el postre, su madre salió del comedor, pero sola, pues la emoción que la dominaba por el importante acto que iba a cumplir requería que no la molestara nadie: iba a servir el budín. ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué vapor tan espeso! Sin duda había sacado el budín del horno. ¡Qué mezcla de perfumes tan ricos, de esos perfumes que recuerdan el restaurante, la pastelería de la casa de al lado! Después de medio minuto escaso de ausencia, la señora Cratchit, con la cara encendida, sonriente y triunfante, volvió a la mesa, en la que presentó el budín, muy parecido a una bala de cañón en lo duro y firme y flotando en medio de una salsa de aguardiente encendido, y todo coronado por la rama de pino, símbolo de la Navidad.
—¡Qué maravilloso budín! —dijo Bob Cratchit con seriedad.
Lo consideraba la obra maestra de la señora Cratchit desde que se habían casado. Todos tuvieron la necesidad de decir algo, pero ninguno dijo, siquiera tuvo la idea, que era un budín bien pequeño para la numerosa familia. Efectivamente hubiera sido muy feo pensarlo o decirlo: ningún Cratchit hubiera dejado de avergonzarse.
Así terminó la comida, quitaron los manteles, barrieron la sala y reanimaron la chimenea. Entonces Bob pronunció este brindis.
—Felices Pascuas para todos nosotros y nuestros amigos. ¡Que Dios nos bendiga!
Y toda la familia contestó unánimemente.
—¡Que Dios bendiga a cada uno de nosotros! —dijo Tiny.

Estaba sentado en un banquito cerca su padre. Bob le tomaba la mano como si hubiera querido darle una muestra especial de ternura y conservarlo a su lado de miedo que se lo quitasen.
—Espíritu —dijo Scrooge con un interés que hasta entonces no había manifestado—. Dime si Tiny vivirá.
—Veo un sitio desocupado en el seno de esta pobre familia, y una muleta sin dueño cuidadosamente conservada. Si mi sucesor no altera el curso de las cosas morirá el niño.
—No, no, buen espíritu: haz que viva.
—Si mi sucesor no altera el curso de las cosas en esas imágenes que descubren el porvenir ninguno de mi raza verá a ese niño.
Scrooge bajó los ojos temblando. Pronto los levantó al oír que pronunciaban su nombre.
—¡Ah, el señor Scrooge! —dijo Bob— bebamos a la salud de él, ya que le debemos este humilde festín.
—¡Qué deseo es ese, Bob! —Le reclamó la señora Cratchit roja de la bronca—. Quisiera verlo aquí para servirle un plato a mi gusto. Buen apetito tendrá que tener para comerlo.
—Querida mía —dijo Bob—. Los hijos… la Navidad.
—Solo un día como hoy se puede beber a la salud de un hombre tan aborrecible, tan avaro, tan duro como el señor Scrooge. Nadie lo sabe mejor que tú, mi pobre marido.
—Querida mía —insistió dulcemente Bob—. El día de Navidad…
—Beberé a su salud por amor a ti y en honra del día, pero no por él. Le deseo, pues, larga vida, felices Pascuas y dichoso año. Con eso tendría que dejarlo bien contento, pero lo dudo.

Los niños secundaron el brindis, y esto fue lo único que no hicieron de buena gana en aquel día. Tiny bebió último. Scrooge era el vampiro de la familia: su nombre nubló la satisfacción de aquellas personas, pero fue cosa de cinco minutos.

Los Cratchit no eran una hermosa familia. Ninguno de ellos estaba bien vestido. Tenían los zapatos en mal estado. Sin embargo, todos eran felices y vivían en paz, satisfechos de su condición. Cuando Scrooge se separó de ellos se manifestaron más alegres, gracias al benéfico influjo de la antorcha del espíritu, que continuó mirándolos hasta que se desvanecieron. Especialmente a Tiny-Tim.

Había llegado la noche, oscura y tenebrosa. Mientras Scrooge y el espíritu recorrían las calles, el fuego chisporroteaba en las cocinas, en los salones, en todas partes, produciendo maravillosos efectos. Hasta los humildes faroleros, ya vestidos para ir a alguna reunión, se reían a carcajadas cuando el espíritu pasaba cerca de ellos.

De repente, sin que el aparecido hubiera dicho nada a su compañero, nada que lo prepare para un cambio tan brusco, se encontraron en medio de un pantano triste y desierto, sembrado de grandes montones de piedras.

—¿En dónde estamos? —preguntó Scrooge.

—Estamos donde viven los mineros, los que trabajan en las entrañas de la tierra —contestó el espíritu—. Ya me reconocen, mira.

Brilló una luz en la ventana de una pobre choza y ambos se dirigieron hacia aquel lado. Penetrando a través del muro de piedras y tierra que constituía aquel hogar, vieron una numerosa y alegre reunión alrededor de una gran fogata.
Un buen viejo, su mujer, sus hijos, sus nietos y sus biznietos estaban congregados allí vestidos con su mejor traje. El viejo, con voz que ya no podía sobreponerse al agudo silbido del viento que soplaba sobre los arenales, cantaba un villancico (muy antiguo ya cuando él lo aprendió de niño) y los demás repetían de tiempo en tiempo el estribillo. Cuando ellos cantaban el viejo se sentía reanimado, pero cuando callaban volvía a caer en su debilidad.
El espíritu no se detuvo aquí, sino que pidió a Scrooge que lo agarrara fuerte y lo transportó por encima de los pantanos. ¿A dónde? No al mar, me parece; pues sí, al mar. En su vertiginosa marcha, lejos ya, muy lejos de tierra firme, el espíritu y Scrooge descendieron sobre un buque, acercándose primero al timonel, luego al vigilante de proa y a los oficiales de guardia, visitando todas estas fantásticas figuras en los distintos lugares donde estaban.
Todos ellos tarareaban una canción alusiva al día. Pensaban en la Navidad. Relataban a sus compañeros otras navidades que habían disfrutado, contando siempre con volver a reunirse con sus familias. Todos a bordo, despiertos o dormidos, buenos o malos, eran más afectuosos entre sí que durante el resto del año. Todos se habían comunicado sus alegrías, todos se habían

acordado de sus parientes o amigos, esperando que éstos los recordaran también.
Scrooge se sorprendió mucho de que, estando atento a los marineros, llegara a sus oídos una ruidosa carcajada. Su sorpresa fue mayor al advertir que aquella carcajada provenía de otro lugar: era de su sobrino. Al instante se hallaba en compañía del espíritu en un salón perfectamente iluminado, limpio, con buen fuego. El espíritu lanzaba miradas llenas de dulzura y de benevolencia sobre su alegre sobrino.
Por un feliz, justo y noble equilibrio en las cosas del mundo, aunque las enfermedades y los pesares son contagiosos, más aún lo son la risa y el buen humor.
—Bajo palabra de honor, les aseguro —decía el sobrino— que ha dicho esa palabra: que la Navidad es una tontería y, sin dudas, que estaba muy convencido.
—Tanto más vergonzoso para él —dijo su mujer indignada.
La sobrina de Scrooge era bonita, con su encantador rostro, con su aire sencillo y sus mejillas llenas de pequeños hoyuelos.
—Es cierto, podría ser más simpático —dijo e sobrino—. Pero como sus defectos constituyen su propio castigo, no hay mucho que agregar.
—Creo que es muy adinerado, Federico —dijo la mujer—. Por lo menos eso me dijiste.
—¡Qué importa su riqueza, querida! —contestó el marido—. No le sirve para nada su riqueza. Ni para hacer bien a nadie, ni a sí mismo. Ni siquiera tiene la satisfacción de pensar que pronto nosotros la aprovecharemos.

—Ni siquiera pensando eso lo soporto —continuó la sobrina, a cuya opinión suscribieron sus hermanas y las demás señoras.
—Yo soy más tolerante —dijo Federico—. Me aflijo por él y nunca le desearé el mal aunque tenga razones, porque quien sufre su carácter y su mal humor es él y sólo él. Me proponía únicamente decir que mi tío, poniéndome tan mala cara y negándose a venir con nosotros, se ha perdido algunos momentos de placer que le hubieran venido muy bien. Evidentemente se ha privado de una compañía mucho más agradable que la de sus pensamientos, su mostrador húmedo y sus habitaciones polvorientas. Eso no quita que todos los años lo invite de la misma manera, le guste o no, porque me da lástima.
Después del té hubo un poco de música, las invitadas provenían de una familia de músicas. La sobrina de Scrooge tocaba muy bien el arpa y entre otras piezas ejecutó una cancioncilla (una cosa insignificante que tú, lector, hubieras aprendido a tararear en dos minutos), que era justamente la favorita de la joven que, tiempo atrás, fue en busca de Scrooge al colegio.
No sólo la música ocupó a los invitados. Al cabo de un rato se jugó a juegos de prendas, porque es bueno volver a los días de la niñez, sobre todo, teniendo en cuenta que la Navidad es una fiesta creada en homenaje a un Dios niño. Allí había como veinte personas entre viejos y jóvenes. Todos jugaban, hasta el mismo Scrooge, quien se interesaba y decía en alta voz el secreto de los enigmas que se planteaban.
El aparecido se alegraba de verlo así de contento y lo

contemplaba con tanta simpatía que Scrooge le pidió encarecidamente, como un niño, que lo dejase quedarse hasta que se marcharan los invitados.

—Un nuevo juego, espíritu. Un nuevo juego. Media hora nada más.

En un momento, su sobrino dijo:

—Felices Pascuas y dichoso año para el viejo, a pesar de su carácter. Él no aceptaría este buen deseo de mi parte, pero se lo doy igual. ¡A mi tío Scrooge!

Scrooge se había dejado dominar por la alegría general, sentía paz en su corazón y de buena gana hubiera tomado parte en aquel brindis en su honor. Aunque nadie lo oyera, hubiera pronunciado un buen discurso de gracias. Pero el fantasma no se lo permitió. Cuando el sobrino pronunció la última palabra del brindis, Scrooge y el espíritu partieron nuevamente.

Conocieron muchos países. Fueron muy lejos, visitaron miles de casas, mientras el espíritu de la Navidad alegraba a quienes se acercaban.

Al aproximarse al lecho de uno, enfermo y en tierra extranjera, éste se olvidaba de su dolencia y se creía trasportado al suelo patrio. Si había un alma en pena le infundía esperanzas en un futuro mejor. Si eran pobres, inmediatamente se sentían ricos. Si eran casas de caridad, hospitales, prisiones, todos refugios de la miseria, el espíritu dejaba caer su bendición y enseñaba a Scrooge numerosos principios caritativos.

Fue una noche muy larga, si es que todo esto se cumplió en

una noche. Scrooge lo dudó porque a su juicio habían sido condensadas muchas Navidades en el tiempo que estuvo con el aparecido. Sucedía una cosa extraña y era que mientras Scrooge conservaba intacta su forma exterior el espíritu se hacía más viejo, visiblemente más viejo.

Scrooge notó esa transformación, pero no dijo nada. Hasta que al salir de una casa donde varios niños celebraban la fiesta de Reyes miró al espíritu y vio que había encanecido casi por completo.

—¿Tan corta es la vida de los espíritus? —le preguntó.

—La mía es muy breve en este mundo —contestó el espectro—. Termina hoy por la noche.

—¡Esta noche! —dijo Scrooge.

—Esta noche. A las doce. Escucha ¡la hora se acerca! —dijo el espíritu.

Y en el reloj dieron las doce.

Scrooge buscó al espectro, pero ya no lo vio. Al sonar la última campanada recordó la predicción del viejo Marley y alzando la vista divisó otro aparecido de majestuosa apostura, envuelto en una túnica y encapuchado, que se acercaba deslizándose sobre el suelo vaporosamente.

Capítulo cuarto
EL ÚLTIMO DE LOS ESPÍRITUS

Cuando el espíritu estuvo cerca,

Scrooge cayó de rodillas experimentando un terror sombrío. El aparecido era alto y majestuoso, su misteriosa presencia lo llenaba de temor. Pero no hablaba ni hacía ningún movimiento.

—¿Estoy en presencia del espíritu de la Navidad por venir? —dijo Scrooge.

El espectro no contestó, limitándose a sostener su mano extendida.

—¿Vas a mostrarme las sombras de las cosas que no han sucedido todavía, pero que sucederán con el tiempo?

La parte superior de la vestidura del fantasma se contrajo un poco, como si el espectro hubiera inclinado la cabeza. No dio otra respuesta.

Aunque ya se había acostumbrado a los espíritus, Scrooge sentía tal pavor en presencia del aparecido silencioso, que sus piernas temblaban y apenas disponía de fuerzas para sostenerse en pie cuando se vio obligado a seguirlo.

El espíritu, como si hubiera conocido la turbación de Scrooge, se paró un momento para dar lugar a que se reponga.
Esto agitó más a Scrooge. Un vago escalofrío de terror le recorrió todo el cuerpo, al advertir que, bajo su fúnebre sudario, los ojos del fantasma estaban constantemente fijos en él, y que, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía ver más que una mano de espectro y una masa negruzca.
—Espíritu del porvenir, te temo más que a ninguno de los espectros que hasta ahora he visto. Sin embargo, como sé que estás acá por mi bien, y espero vivir de una manera muy diferente que como he vivido hasta ahora, te seguiré adonde quieras, agradecido de corazón. ¿No vas a hablarme?
Ninguna respuesta. Tan sólo la mano hizo señal de ponerse en marcha.
—Guíame —dijo Scrooge—, guíame. La noche avanza rápidamente y el tiempo es muy precioso para mí. Lo sé. Espíritu, guíame.
El fantasma empezó a deslizarse. Scrooge fue detrás de la sombra de la vestidura; parecía que ésta lo levantaba y lo arrastraba.
No se puede decir que entraran en la ciudad, sino que la ciudad surgió alrededor de ellos, rodeándolos con su movimiento y su agitación.
El espíritu mostró con el dedo dos individuos que se saludaban. Scrooge escuchó.
Eran dos negociantes ricos, muy considerados y en cuya

estimación creía estar bajo el punto de vista de los negocios, pero sencilla y puramente de los negocios.

—¿Cómo estás?

—Bien y tú.

—Bien, gracias. Parece que el viejo Gobseck ha pasado a mejor vida, eh…

—Me dijeron, sí. Hace frío, ¿no?

—Puf, como de la estación, como de Navidad. Supongo que no vas a patinar.

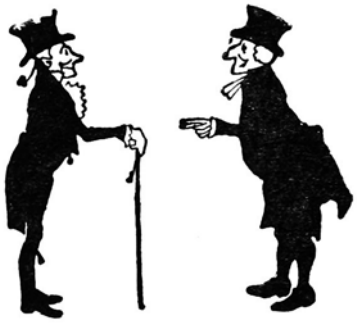
—No. Tengo otras cosas en que pensar. Buenos días.

Ni una palabra más. Así se encontraron, así se hablaron, y así se separaron.

A Scrooge le pareció, al principio, chocante que el espíritu le diese importancia a esa conversación aparentemente tan trivial. Pero convencido de que debía encerrar algún sentido oculto, empezó a pensar cuál sería, considerando todas las probabilidades. Era difícil que se refiriesen a la muerte de su antiguo socio Marley.

El aparecido lo condujo por diferentes calles, y a medida que andaban, Scrooge iba mirando a todos lados con la esperanza de verse a sí mismo, pero no se vio. Llegaron por fin a un cementerio.

Allí, sin duda, y bajo algunos centímetros de tierra, yacía el desdichado cuyo nombre quería saber. Era un hermoso lugar, en verdad, cercado por muros, invadido por



el césped y las hierbas silvestres.
El espíritu, de pie en medio de las tumbas, señaló una. Scrooge se acercó temblando. El espíritu era siempre el mismo, pero Scrooge creyó notar algo en él.
—Antes de que dé un paso hacia la losa que me señalas, contéstame —le dijo—la siguiente pregunta: ¿Esta es la imagen de lo que será o de lo que puede ser?
El espíritu se limitó a bajar la mano en dirección a una lápida cercana a la cual se hallaban.
Scrooge se arrastró hacia la tumba poseído de espanto, y siguiendo la dirección del dedo del fantasma leyó sobre la piedra de una sepultura abandonada:

EBENEZER SCROOGE

—¿Soy yo? —preguntó cayendo de rodillas.
El espíritu señaló alternativamente a Scrooge y a la tumba, a la tumba y a Scrooge.
—No, espíritu. ¡No! ¡No!
El espíritu continuó implacable.
—Espíritu —gritó Scrooge agarrándole la vestidura— escúchame. Ya no soy el hombre que era, y no seré el hombre que hubiera sido de no haber tenido la suerte de que me visitaras. ¿Para qué me enseñas esto si no hay ninguna esperanza?

Por primera vez la mano hizo un movimiento.
—Buen espíritu —continuó siempre arrodillado y con la cara en tierra—. Intercede por mí, ten piedad de mí. Asegúrame que puedo cambiar esas imágenes que me mostraste, cambiando mi vida.
La mano se agitó haciendo un ademán de aprobación.
—Celebraré la Navidad en el fondo de mi corazón, y me esforzaré en conservar su culto todo el año. Viviré en el pasado, en el presente y el porvenir: siempre estarán presentes en mi memoria los tres espíritus y no olvidaré sus lecciones. ¡Oh! Dime que puedo borrar la inscripción de esta piedra.
Y en su angustia apretó la mano de aparecido, que pronto se liberó.
Alzando las manos en actitud de súplica para que cambiase su destino, Scrooge notó una alteración en la vestimenta del espíritu, el cual disminuyó de estatura y pronto se desvaneció en sí mismo, convirtiéndose en una columna de cama.

Capítulo quinto
CONCLUSIÓN

Y era una columna de cama.

Sí, y de su cama. Scrooge estaba en su cuarto. El mañana era suyo y podía corregirse.

—Quiero vivir en el pasado, el presente y el porvenir —repitió echándose fuera de la cama—. Las lecciones de los tres espíritus permanecerán grabadas en mi memoria. ¡Oh, Jacobo Marley! ¡Benditos sean el cielo y la tierra por tu bondad! Lo digo de rodillas, mi viejo Marley. Sí, de rodillas.

Se encontraba tan animado, tan enardecido con sus buenos propósitos, que su voz, ya cascada, apenas bastaba para expresar el nuevo sentimiento.

Scrooge no acertaba a vestirse. Se ponía al revés la ropa, girándola en todos sentidos sin lograr su cometido; en su turbación rompía las medias y las dejaba caer, haciéndolas compinches de toda suerte de extravagancias.

—No sé lo que hago —exclamó riendo y llorando a la vez—. Noto en mí la ligereza de una pluma; que soy feliz como los ángeles, alegre como un estudiante y atolondrado como un

borracho. ¡Felices Pascuas a todo el mundo! ¡Feliz año para todos! Hola, eh, eh, hola.
Y fue dando saltos de la pieza al salón, hasta que le faltó el aire.
—Aquí está el jarro con la sopa de avena —exclamó a los saltos delante de la chimenea—. Ahí la ventana por donde entró el espíritu de Marley. Allá el rincón donde se sentó el espíritu de la Navidad actual. Y la ventana desde donde vi todas esas almas en pena. Todo está en su lugar. ¡Todo ha sucedido! ¡Ja, ja, ja!
Para un hombre tan hosco como Scrooge, la risa tenía mucho de magnífica, de esplendorosa, cada una le producía muchas otras, más estrepitosas todavía.
—No sé en qué día del mes estamos —continuó Scrooge—. No sé cuánto tiempo he permanecido con los espíritus. No sé nada, estoy como un niño. Pero no me importa. Desearía serlo, sí. Un niño. Eh, hola, upa, hola.
El alegre repiqueteo de las campanas de las iglesias lo sorprendió en medio de sus arrebatos.
—¡Oh! Hermoso, hermoso.
Fue a la ventana, la abrió y miró el cielo. Nada de niebla.
Sintió el frío vivo y penetrante, uno de esos fríos que alegran y entonan, y que hacen circular la sangre por las venas con mayor rapidez. Vio un sol de oro, un cielo brillante.
—¿En qué día estamos? —le preguntó Scrooge a un chico bien arreglado que se había parado a contemplarlo.
—¿Qué? —preguntó el chico admirado.

—¿Que en qué día estamos?
—¿Hoy? En el primero de Navidad.
—¡El primer día de Navidad! ¡Entonces no faltaré! Los espíritus lo hicieron todo en una noche. Pueden hacer lo que se les antoje. ¡Quién lo duda! Eh, joven.
—¿Qué pasa?
—¿Conoces el negocio que vende comida y que está en la esquina de la segunda calle?
—Sí, por supuesto.
—¡Qué chico inteligente y gentil! ¿Sabes si ya vendieron la hermosa pava que tenían ayer de muestra? No la pequeña, la grande.
—¿La que es casi tan grande como yo?
—Sí, que es encantador este joven. Da gusto hablar con él. Sí, esa.
—Todavía está.
—Entonces ve a buscarla.
—¡Qué vivo eres!
—No, hablo en serio. Anda a comprarla, pídele que me la traigan y yo les daré las señas de la casa adonde tienen que llevarla. Si lo haces te pago un chelín. Si vuelves en menos de cinco minutos, te doy otro.
El joven salió como un rayo.
—La enviaré a casa de Bob Cratchit —dijo Scrooge frotándose las manos y riendo—.

No sabrá quién la manda. Es dos veces más grande que Tiny. Estoy seguro que le gustará la broma.
Escribió la dirección con mano no muy firme, la escribió como le fue posible, y bajó a abrir la puerta de la calle para esperar al mozo de la tienda que traería la pava. Mientras aguardaba, fijó su vista en el aldabón donde había aparecido la cara de Marley.
—Te querré siempre —dijo acariciándolo con la mano—. ¡Y yo que nunca me fijaba! Ya lo creo. ¡Qué expresión de honradez en la fisonomía! ¡Ah, excelente aldabón! Pero ya tenemos aquí la pava. Hola, hola. ¿Cómo estás? Felices Pascuas.
¿Era aquello una pava? No, no es posible que hubiera podido sostenerse jamás sobre las patas semejante ave.
—Ahora caigo en la cuenta —dijo Scrooge. No puedes llevarla tan lejos sin tomar un carruaje.
La risa con que pronunció estas palabras, la risa con que acompañó el pago del ave, la risa con la que dio el dinero para el coche, y la risa con que, además, gratificó al joven, fue solo superada por la estrepitosa risa con que se sentó en su sillón, ya sin fuerzas y sin aliento.
No pudo afeitarse con facilidad, porque su mano continuaba temblando, y esta operación exige gran cuidado. Sin embargo, aunque se hubiese cortado la punta de la nariz, hubiera salido del paso sin perder su buen humor.
Se vistió con todo lo mejor que tenía, y una vez que terminó, salió a pasear por las calles. Estaban llenas de gentes, como cuando las vio en compañía del espíritu de la Navidad actual.

Scrooge caminaba con las manos atrás, mirando a todos con aire satisfecho. Mostraba tal simpatía que tres o cuatro alegres jóvenes no pudieron evitar decirle: «Muy buenos días, caballero, Felices Pascuas».

Entró en la iglesia, recorrió las calles, observó a las personas que iban y venían apuradas, dio cariñosos golpecitos a los niños en la cabeza, preguntó a los mendigos acerca de sus necesidades; miró curiosamente a las cocinas de las casas y después a los balcones: todo lo que veía le causaba placer. Nunca hubiera creído que un sencillo paseo, una cosa de nada, le daría tanta alegría. Después de mediodía se dirigió a casa de su sobrino.

Pasó y repasó varias veces por delante de la puerta antes de decidirse a entrar. Por fin se resolvió y llamó.

—¿Está el señor en casa? —preguntó Scrooge a la criada.
—Sí, señor.
—¿Dónde se encuentra?
—En el comedor, con la señora. Si quiere, lo conduciré.
—Gracias: me conoce —dijo Scrooge acercándose a la puerta del comedor—. Voy a entrar.
Abrió el picaporte suavemente y asomó la cabeza por la puerta. La pareja estaba entonces inspeccionando la mesa dispuesta para una gran comida.
—Federico —dijo Scrooge.
¡Dios del cielo! ¡Qué estremecimiento le dio a su sobrina!
—¿Quién anda ahí? —preguntó Federico.
—Soy yo, tu tío Scrooge, vengo a comer. ¿Me permites que entre?
¿Que si se lo permitía? Por poco se rompe el brazo para abrirle la puerta. A los cinco minutos ya estaba Scrooge como en su casa. El recibimiento del sobrino fue cordialísimo y la sobrina imitó el ejemplo, así como los restantes convidados cuando entraron. ¡Qué linda compañía! ¡Qué lindos juegos! ¡Qué linda fraternidad! ¡Qué ad… mi… ra… ble alegría!
Al día siguiente Scrooge se fue temprano a su almacén. Muy temprano. ¡Si pudiera llegar antes que Bob Cratchit y sorprenderlo en falta por llegar tarde! Era lo que lo tenía preocupado más agradablemente.
Y lo consiguió. Sí, tuvo ese placer. El reloj dio las nueve y Bob no aparecía. Nueve y cuarto y tampoco. Bob llegó con

dieciocho minutos y medio de retraso. Scrooge estaba sentado y tenía la puerta de su despacho abierta de par en par para verlo entrar.
Bob se quitó el sombrero, después la bufanda y en un abrir y cerrar de ojos se instaló en su banqueta y se puso a manejar la pluma como si quisiera compensar el tiempo perdido.
—Hola —refunfuñó Scrooge imitando lo mejor que pudo su tono normal—. ¿Qué significa eso de venir tan tarde?
—Lo siento mucho, señor Scrooge. Vine algo tarde.
—¿Tarde? Ya lo creo. Ven para aquí.
—No sucede más que una vez al año, señor Scrooge —dijo tímidamente Bob saliendo de su cuchitril—. No me sucederá otra vez. Ayer me divertí un poco.
—Muy bien, pero le digo, amigo, que no puedo consentir que las cosas sigan así mucho tiempo. En tu honor —dijo levantándose de la banqueta y dandole un terrible empujón a Bob, que casi lo hizo caer—, en tu honor te aumento el sueldo.
Bob tembló y tomó la regla del escritorio.
Al principio tuvo el propósito de pegarle a su jefe, de agarrarlo del cogote y de pedir socorro a los transeúntes para que le pusieran una camisa de fuerza.
—Felices Pascuas, Bob —dijo Scrooge con aire muy formal y dándole golpecitos en la espalda, de modo que su empleado ya no tuvo dudas—. Felices Pascuas, Bob, mi honrado compañero. Y tanto más felices porque nunca te las he deseado. Voy a aumentarte el sueldo y a proteger a tu laboriosa

familia. Hoy, después de mediodía, discutiremos acerca de nuestros negocios delante de un vaso de ponche. Enciende las dos chimeneas, y antes de que empieces tu trabajo ve a comprar un canasto nuevo de carbón.
Scrooge cumplió su palabra, pero hizo más, mucho más que cumplir.
Para Tiny, Scrooge fue como un segundo padre.
Fue tan buen amigo, tan buen jefe, tan buen hombre, como el mejor hombre en la vieja City o en cualquier otro lugar de la tierra. Algunas personas se rieron de esta transformación, pero él no se molestó por eso, porque sabía perfectamente que en este mundo no ha sucedido nada bueno que al principio no haya causado la risa de ciertas personas. Él también se reía, y esa era toda su venganza.
Con los espíritus no tuvo más trato, pero sí mucho con los hombres. Cuidaba a sus amigos y a su familia, y durante el año no hacía más que disponerse para celebrar la Navidad, en lo que nadie le ganaba. Todo el mundo le hacía justicia.
Hagamos que digan lo mismo de ustedes y de mí, de todos nosotros y exclamemos como Tiny: ¡Que Dios nos bendiga!

Índice

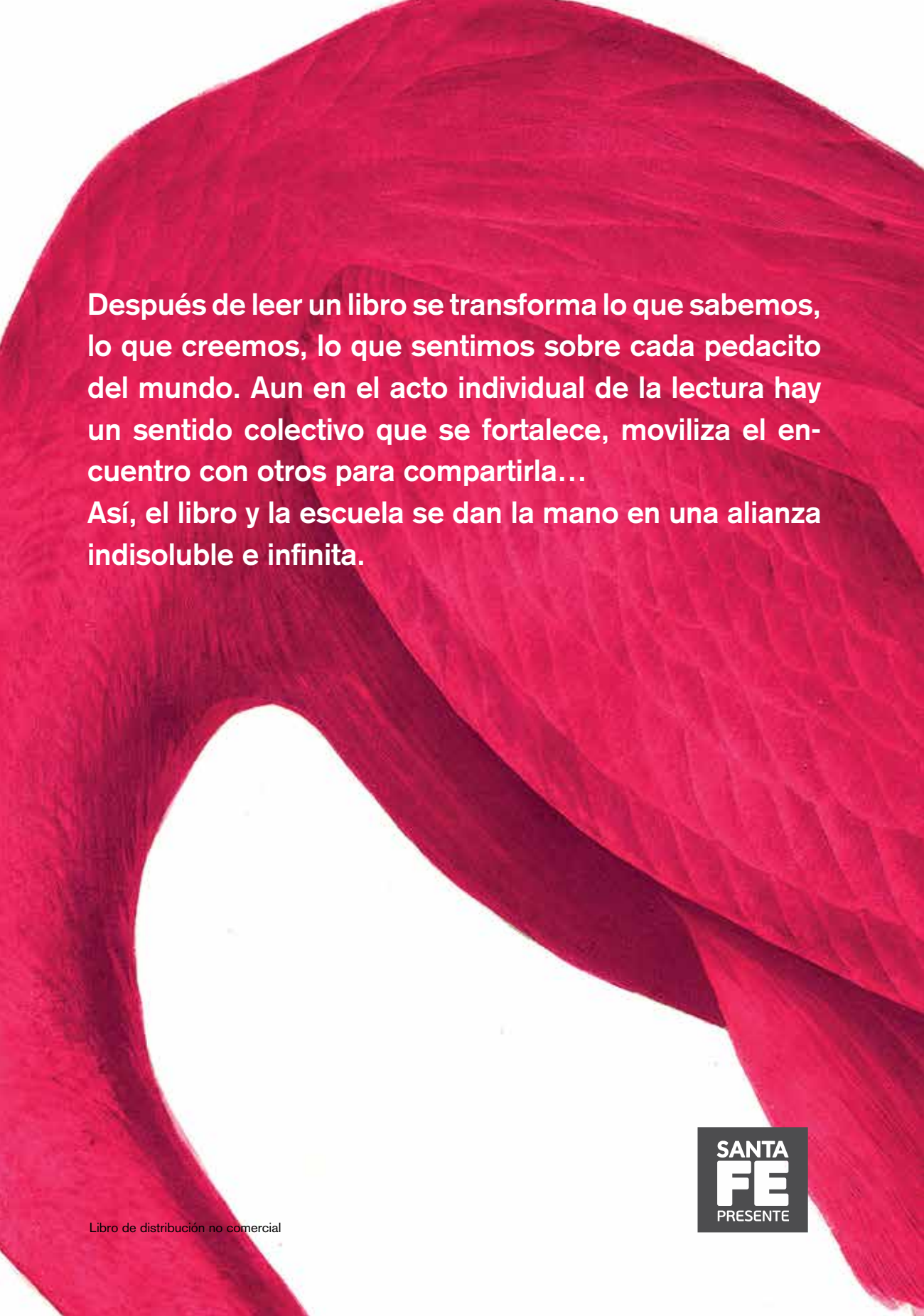
CUENTOS DE LA SELVA

La tortuga gigante 15
Las medias de los flamencos 23
Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre 31
El paso del Yabebirí 41
La abeja haragana 57

CUENTO DE NAVIDAD

Capítulo primero 71
Capítulo segundo. EL PRIMERO DE LOS TRES 85
Capítulo tercero. EL SEGUNDO DE LOS TRES ESPÍRITUS 95
Capítulo cuarto. EL ÚLTIMO DE LOS ESPÍRITUS 109
Capítulo quinto. CONCLUSIÓN 115

Esta edición se terminó de imprimir en
Borsellino Impresos,
Ovidio Lagos 3653, Rosario, Santa Fe. Argentina,
en el mes de enero de 2018



Después de leer un libro se transforma lo que sabemos, lo que creemos, lo que sentimos sobre cada pedacito del mundo. Aun en el acto individual de la lectura hay un sentido colectivo que se fortalece, moviliza el encuentro con otros para compartirla…

Así, el libro y la escuela se dan la mano en una alianza indisoluble e infinita.

SANTA FE PRESENTE

Libro de distribución no comercial